

Antonio Buero Vallejo]

Nació en Guadalajara el 29 de septiembre de 1916.

En 1949 obtuvo el Premio de Teatro "Lope de Vega, con *Historia de una Escalera*, que ha alcanzado uno de los más ruidosos éxitos del teatro contemporáneo, situando a su autor en la primera fila de nuestros dramaturgos.

Posteriormente ha estrenado, siempre con el precedente de una expectación extraordinaria, los siguientes títulos, todos ellos publicados en diferentes volúmenes de esta misma Colección: *Las palabras en la arena* (1949), *En la ardiente oscuridad* (1950), *La tejedora de sueños* (1952), *La señal que se espera* (1952), con cuyo texto íntegro se publica la partitura, compuesta por el propio autor, para la melodía que sirve de fondo a la obra, *Madrugada* (1953), *Hoy es fiesta* (1956), que ha sido galardonada con el Premio Juan March, *Un soñador para un pueblo* (1958) y *Aventura en lo gris* (1963).

Los éxitos más recientes de Buero Vallejo son la fantasía velazqueña intitulada *Las Meninas*, *El concierto de San Ovidio* y *El tragaluz*, cuya calidad teatral y literaria refrenda la alta categoría de que goza el autor.

Pedidos:

ESCELICER, S. A.
Comandante Azcárraga, s/n
Apartado 19.730
MADRID (16)

MINISTERIO MUL. DISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

Madrugada

EPISODIO DRAMATICO DE

Antonio Buero Vallejo

COLECCION TEATRO Nº 96

117989 SAR
9686711

8007/80/11

estrenó esta obra la compañía "La Máscara", en el teatro Alcázar, de Madrid, la noche del 9 de diciembre de 1953, con el siguiente

R E P A R T O

por orden de intervención

EBINA...	Margarita Robles.
VERMERA	Pilar Muñoz.
MALIA	María Asquerino.
RENZO	Antonio Prieto.
ONOR	María Isabel Pallarés.
ÓNICA	María Luisa Romero.
MASO	Manuel Díaz González.
ANDRO	Gabriel Llopart.
ULA...	Esperanza Grases.

en el Teatro de la Comedia, de Barcelona, la noche del 8 de enero de 1954, con el siguiente

R E P A R T O

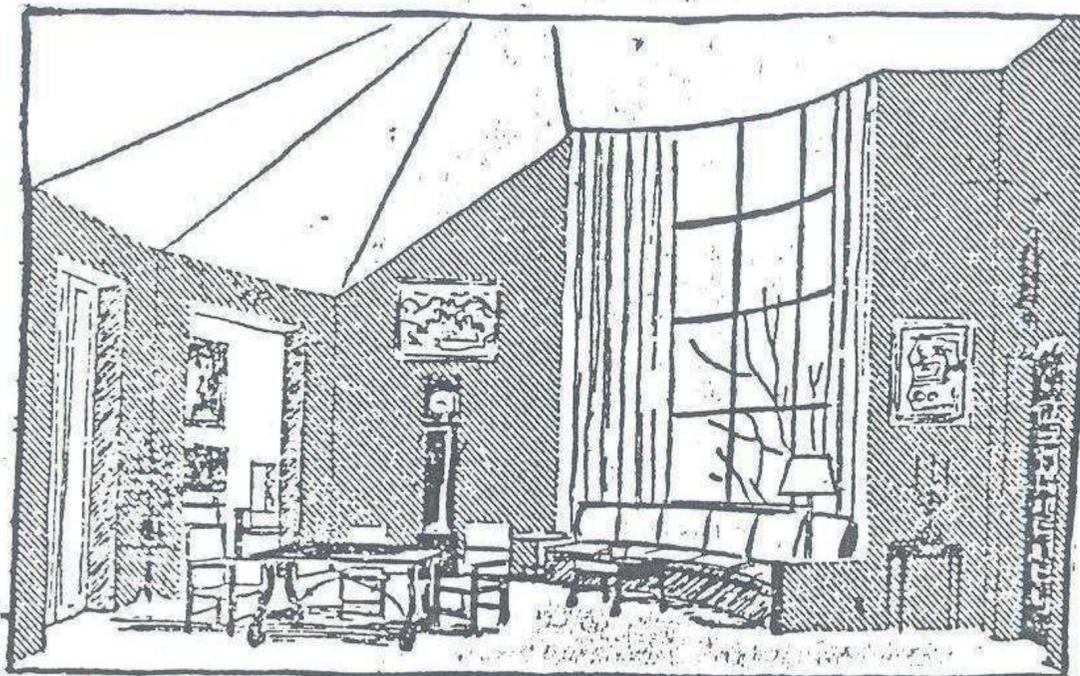
INA...	Margarita Robles.
VERMERA	Esperanza Muguerra.
ALIA	Elena Salvador.
RENZO	Carlos Lemos.
NOR	María Isabel Pallarés.
NICA	María Luisa Romero.
MASO	José Franco.
ANDRO	Gabriel Llopart.
LA...	Esperanza Grases.

una finca de las afueras de la ciudad, antes del amanecer de un día de primavera.

Derecha e izquierda, las del espectador.

ardados: VICENTE VIUDES.

cción: CAYETANO LUCA DE TENA.



A C T O P R I M E R O

La casa del pintor MAURICIO. Los estudios se encuentran en el piso alto; en la planta baja se distribuyen las diversas habitaciones donde se vive, en una de las cuales nos encontramos. Es un lujoso saloncito, decorado con personal buen gusto, que comunica por el chafán izquierdo con el vestíbulo. El foro arranca de este acceso y se curva ampliamente para unirse al lateral derecho. En el primer término de dicho lateral, una puerta, que se abre hacia la escena. En el lateral izquierdo, la puerta corredera que conduce al comedor. En el foro, cerca del vestíbulo, otra puerta que comunica con diversas dependencias. La curva que une al foro con el lateral derecho está formada por un amplio ventanal, bajo el que hay estantes con libros y un diván corrido. Una mesa con revistas y servicio de fumar, rodeada de algunos sillones, en medio de la escena y hacia la izquierda. Otra mesita cerca del ventanal y algunas sillas más repartidas aquí y allá componen el mobiliario. Por las paredes, en profusión algo mayor que la acostumbrada en la decoración moderna, y también con una colocación más desordenada y más viva, cuadros, apuntes y

del señor... No la hubiera creído capaz de pensar en eso.

SABINA.—La señora es capaz de eso y de mucho más. *(La puerta de la derecha ha comenzado a abrirse lentamente.)* Ya sale.

(AMALIA aparece poco a poco, con los párpados enrojecidos y la faz descompuesta. Es una hermosa mujer, de gran presencia y poderosa mirada. Lleva un traje negro, lujoso, aunque sobrio, que sugiere ostentación antes que luto. Se ha peinado cuidadosamente y adornado con gargantilla y pendientes de brillantes. El contraste que todo ello forma con el dolor de su expresión hace aún más impresionante su aspecto. Dentro ya del salón, se vuelve a mirar hacia el oscuro gabinete de donde acaba de salir, con ojos de pena y de perplejidad. Luego, sin dejar de mirar, cierra la puerta y se vuelve despacio hacia las dos mujeres.)

AMALIA. *(A la ENFERMERA.)* ¿Le ha explicado ya Sabina...?

ENFERMERA.—Sí, señora.

AMALIA.—Comprendo que el sitio no es muy indicado...

ENFERMERA.—No se preocupe, señora. Estoy acostumbrada.

AMALIA.—Por eso pensé que no le importaría demasiado.

ENFERMERA.—Desde luego que no. Ya me ha dicho que van a venir unos parientes...

(Gesto de ansiedad de SABINA.)

AMALIA.—*(Rápida.)* ¿Parientes? No. Amigos.

ENFERMERA.—Eso es. Me he equivocado.

AMALIA.—Unos amigos, sí. Seguramente, ni entrarán a verlo. Podrá usted descansar muy bien en el sofá; es amplio. Si quiere leer, en la mesita tiene libros.

(Avanza, dejando la puerta libre.)

ENFERMERA.—Sí, señora

(Se dispone a salir.)

AMALIA.—¡Ah! Oiga. Si quiere dormir, le ruego que no apague la luz. Prefiero dejar a oscuras el gabinete.

ENFERMERA.—Bien, señora.

AMALIA.—Así, para entrar, me guiaré directamente por la luz de la alcoba. Claro que tendrá que dejar la puerta abierta... Supongo que lo prefiere. Estará más ventilada.

ENFERMERA.—Como usted diga. ¿Quiere alguna otra cosa?

AMALIA.—Nada más. Gracias.

ENFERMERA.—Con su permiso. *(Va a salir. AMALIA y SABINA se miran. Con la mano en el picaporte, se detiene.)* Señora...

AMALIA.—*(Con esfuerzo.)* Sí. Dígame.

ENFERMERA.—Si quiere usted arreglar la alcoba de algún modo..., no deje de hacerlo por mi causa.

AMALIA.—No, no hace falta. A las seis vendrán del Círculo de Bellas Artes a disponer la capilla ardiente. Traerán coronas, cirios... y todo lo demás. Hasta entonces, está mejor así. *(Se vuelve para no mirarla y emite un trabajoso suspiro, mientras se le pierde y espanta la mirada.)* Gracias por su interés. Puede entrar ya.

ENFERMERA.—Bien, señora.

(Sale por la derecha y cierra. AMALIA y SABINA respiran, tranquilamente.)

AMALIA.—Creí que no lo conseguíamos.

(Avanza hacia la izquierda.)

SABINA.—Ha debido usted explicarle algo.

AMALIA.—*(Que pasea nerviosa.)* Habría sospechado de mí, y podría no haber accedido.

SABINA.—¿Y si alguno habla con ella?

AMALIA.—Me arriesgaré. ¿Los has telefoneado?

SABINA.—Sí.

AMALIA.—¿Vendrán todos?

SABINA.—Sí.

AMALIA.—¿Estaba en el periódico Leandro?

AMALIA.—¡El testamento! *(Ha oprimido la mano de SABINA sobre la mesa.)* Siéntate. *(SABINA lo hace. Bajando la voz.)* Tú estabas presente. ¿Por qué esa excepción horrible, sin una palabra. Ha citado a todos menos a ellos dos. O sea a él... A Leandro. Y sabes muy bien que le han podido llegar rumores de su asiduidad. *(Sombria.)* Si ha sido así, la excepción del testamento habla sola, y explica de paso estos meses espantosos de frialdad entre él y yo. ¡Nada para Leandro, nada para ese canalla que le quita la mujer, y para su padre tampoco, por si acaso! A la pecadora, sí. Para ella benevolencia, perdón, desprecio. ¡Pago, quizá!

(Se levantan.)

SABINA.—¿Cómo puede pensarlo, después que él...?

AMALIA.—¡Pago, sólo pago! *(Se vuelve.)* ¿Cómo puedes tú saber si lo de Leandro no ha sido verdad? ¿Dudas? ¡También él ha podido dudar!

(Va hacia el ventanal. SABINA se levanta despacio.)

SABINA.—La creo a usted, señora.

AMALIA.—*(Su expresión se relaja. Suspira y se vuelve.)*

Y él, ¿ha creído en mí?

SABINA.—No lo dude...

AMALIA.—*(Avanza lentamente, como ensimismada, al primer término.)* Cuando nos hemos quedado solos, he tratado de aclarar... Era difícil. No se podía caldear en unos minutos la frialdad de tantos meses. Y además, estaba el pudor. La vergüenza de tocar un punto tan espinoso... Esa maldita vergüenza mía, que nos ha impedido a los dos crear la confianza necesaria... Al fin, sólo he podido decirle esa cosa estúpida que siempre nos viene a los labios: "No me has querido nunca". *(Breve pausa.)* Y él ha dicho entonces algo... tremendo: "Ya es tarde para decirnos muchas cosas, mi pobre Amalia... Pero quizá desde el otro lado de la muerte, te recobraré." *(Mira con loca fijeza a la puerta del gabinete.)* Yo me he echado a llorar, diciéndole: "¡Si no me has perdido!" Y él me ha contestado:

"No. No te he perdido. Pero quizá te recobre... desde el otro lado." *(Transición.)* Me he arrojado a sus brazos, le he preguntado qué quería decir... Ha muerto. *(Exaltada.)* ¿Qué ha querido decir?

SABINA.—Tal vez sospechaba sus dudas y la ha querido tranquilizar...

AMALIA.—No. Era algo muy concreto. Algo que ha sonado en sus palabras con una dulzura infinita... ¿Perdón, quizá? ¿Perdón por algo que no he cometido? *(Amarga.)* Si es así, me perderá del todo. *(Avanza hacia SABINA.)* ¡Pero no puedo resistir esa idea! ¡Tengo que aclarar esas palabras! *(Su mirada parece buscar a MAURICIO en el aire de la habitación.)* ¡Me parece como si él me mandase hacerlo!... *(Dura.)* Y ellos me lo dirán. Ellos, que lo saben. *(Cruza hacia la izquierda.)* ¡Porque se refería a ellos, sin mentarlos. ¡Y por ellos me recobraré... o me perderá!

SABINA.—*(Temerosa.)* Tal vez otro día... Más tranquila...

AMALIA.—¡Ahora o nunca! Hoy puedo aturdirlos con un golpe que no los deje pensar. Y, además, Sabina..., no puedo vivir... ¡ni un minuto más!, sin intentar que él me recobre... para siempre. *(Suena de improviso el timbre de la casa. Se separan rápidas, nerviosas.)* ¡Ya llegan! *(Corre hacia el gabinete.)* ¡No me llames hasta que no estén todos! *(Mira al reloj.)* ¡Dios mío, qué tarde es ya! ¡Tengo poco tiempo! ¡Abre! *(Se apoya en la puerta del gabinete, mientras SABINA se encamina al chaflán.)* ¡Sabina!... *(SABINA se detiene.)* ¡Tengo miedo!...

SABINA.—Animo, señora. Entre las dos, todo será fácil.

AMALIA.—Gracias.

(SABINA sale. AMALIA abre la puerta del gabinete y espera un momento, atenta. Después sale, rápida y cierra tras sí. Casi en seguida entra por el chaflán LORENZO, seguido de SABINA. Es un sesentón de buen ver y aire afable, que viste con cierto simpático desaliño, un traje barato. SABINA enciende la araña central.)

SABINA.—En seguida aviso a la señora.

(Se dirige a la derecha.)

LORENZO.—Espere, mujer... ¿Ya no me recuerda? Usted estaba ya aquí cuando la familia dejó de frecuentar la casa.

SABINA.—Sí que le recuerdo, don Lorenzo. ¿No se sienta?

LORENZO.—Sí, gracias. *(Lo hace tras la mesa.)* Estoy bastante cansado. Y muerto de sueño.

SABINA.—Ahora le haré café.

LORENZO.—No vendrá mal... Y la señora, ¿cómo está?

SABINA.—Puede usted figurárselo.

LORENZO.—Me lo imagino. Apenas habrá tenido tiempo de hablar con él...

SABINA.—Apenas, sí, señor.

LORENZO.—¿Cómo ha ido la cosa?

SABINA.—Tuvo un amago a las tres y media.

LORENZO.—¿Perdió el conocimiento?

SABINA.—A medias... Estuvo unos minutos diciendo cosas, y pidiendo papel y pluma...

LORENZO.—Ya.

SABINA.—Pero no dio tiempo ni de entenderle. Se adormeció y hasta ahora.

LORENZO.—¡Vaya, vaya!... ¿Y el médico?

SABINA.—Ha dicho que no hay esperanza. *(LORENZO chasquea la lengua y mueve la cabeza con pesar.)* Con su permiso, voy a avisar a doña Amalia.

LORENZO.—Sí, sí. Vaya.

(SABINA sale por la derecha y cierra. LORENZO se levanta y observa la habitación con curiosidad. Se acerca a la puerta de la derecha y trata de escuchar. El timbre de la casa vuelve a sonar. LORENZO corre a ocupar su sillón. Breve pausa. SABINA entra de nuevo y cierra.)

SABINA.—La señora vendrá en seguida. ¿Quiere, mientras preparo el café, alguna copa de algo?

LORENZO.—No, gracias. Han llamado.

SABINA.—Sí, voy a abrir.

(Se dirige al chaflán.)

LORENZO.—¿Será mi hermano?

SABINA.—Puede que sea su hijo.

LORENZO.—*(Tuerce el gesto.)* Claro. También vendrá mi hijo.

SABINA.—Sí, señor. Todos. *(Sale. LORENZO se levanta y espera de cara al chaflán. Después de un momento, vuelve a entrar SABINA.)* Su hermano, don Lorenzo.

(Se aparta, y entran DÁMASO, LEONOR y MÓNICA. SABINA sale por el foro. DÁMASO tiene unos cincuenta años y es hombre de aspecto seco y envarado. Viste traje oscuro, algo usado, y lleva cuello duro. En su solapa brilla una insignia. De acuerdo con el traje, su voz y sus ademanes procuran dar la permanente sensación, no muy bien lograda, de una gran respetabilidad. LEONOR, su mujer, es una cuarentona ya marchita, quizá francamente obesa, cuyos veinte años debieron ser de una hermosura ostentosa y vulgar. Viste, con muy mal gusto, ropas de confección casera que aspiran a ser elegantes y lleva numerosas pulseras de un amarillo relumbrante, que le gusta hacer sonar con frecuencia. MÓNICA es la hija. Una muchachita que aún no cuenta veinte años, de figura espigada y tímida expresión, que lleva un vestidito sencillo y sin adornos. Por un momento, la pareja mira a LORENZO sin mucha cordialidad.)

LORENZO.—*(Se acerca afable.)* ¿Cómo estáis? *(Estrecha la mano de DÁMASO.)* ¿Qué tal, Leonor?

LEONOR.—*(Agría.)* Ya lo ves. Aquí, como tú.

(Avanza hacia el primer término y se sienta a la derecha de la mesa. DÁMASO cruza también hacia el ventanal.)

MÓNICA.—Hola, tío.

(Se empuja para besar a LORENZO.)

LORENZO.—Hola, pequeña. *(La besa.)* Deberías estar en la cama. Estas cosas no son para ti.

LEONOR.—Cuando la hemos traído, será porque opinamos de otra manera, ¿no te parece?

DÁMASO.—Mauricio ha dicho que viniera.

LEONOR.—Mónica, siéntate.

MÓNICA.—Sí, mamá.

(Lo hace en el extremo derecho del diván. El reloj da la media. Breve pausa.)

DÁMASO.—*(A LORENZO.)* ¿Vive todavía?

LORENZO.—Sí.

(Pasea.)

DÁMASO.—¿Lo has visto?

LORENZO.—No. Acabo de llegar.

LEONOR.—¿Y a la lagarta?

LORENZO.—*(Con media sonrisa.)* No. No he visto a Amalia.

DÁMASO.—¿A ti qué te han dicho de la enfermedad?

LORENZO.—Lo que a vosotros, supongo. La cosa es grave, desde luego. Lo he mirado en un libro antes de venir.

El médico dice que no hay esperanza.

LEONOR.—Ya.

(Impaciente, taconeando en el piso y hace sonar sus pulseras, mirando a su marido.)

DÁMASO.—*(Se aclara la voz.)* De modo que una cosa inesperada. ¿Sabes a qué hora le dio?

LORENZO.—Creí que lo sabíais. A las tres y media.

(LEONOR y DÁMASO miran al reloj.)

DÁMASO.—Y, de entonces ahora..., ¿sin conocimiento?

LORENZO.—*(Los mira, burlón.)* Parece que lo recobró al principio...

DÁMASO.—*(Asustado.)* ¡Ah!...

LEONOR.—*(Lo mismo.)* ¡Ah!...

LORENZO.—Y lo volvió a perder... sin darle tiempo a nada.

DÁMASO.—*(Tranquilizado.)* ¡Ah!

LEONOR.—*(Lo mismo.)* ¡Ah!...

(MÓNICA llora en silencio y se enjuga los ojos. LORENZO se sienta tras la mesa.)

LORENZO.—En realidad, siempre hemos sabido poco de su salud. ¿Cuándo lo viste por última vez?

DÁMASO.—*(Pasea.)* Cuando la despedida de Mateo.

LORENZO.—Igual que yo. A propósito: ¿has tenido noticias de Mateo? Yo, ninguna...

DÁMASO.—Indirectas. Parece que no le va mal por aquellas tierras. Pero a costa de trabajar mucho.

LORENZO.—También él lo va a sentir. ¡Pensar que aún no sabe nada!...

DÁMASO.—En medio de todo, ahora marchará mejor.

LORENZO.—¿Tú crees?

DÁMASO.—*(Se acerca.)* Sí, porque si Mauricio no ha testado, le corresponde un buen pico... Mauricio cobró en estos meses los encargos de Nueva York y de París. ¿Lo sabías?

LORENZO.—Sí.

DÁMASO.—*(Suspira.)* ¡Pobre Mauricio!...

LEONOR.—*(A LORENZO.)* ¿A cuánto crees tú que ascenderá el total?

LORENZO.—Es muy difícil calcularlo.

DÁMASO.—No creas. Yo, a veces, he pensado que no bajaría de... *(MÓNICA llora ahora con fuertes gemidos.)*

¡Hija! ¿Qué te pasa?

MÓNICA.—*(Entre lágrimas.)* Nada, papá.

(Intenta en vano contener su llanto. Los demás se miran, cautelosos. LORENZO se levanta y va a su lado para acariciarle la cabeza.)

LORENZO.—Cálmate, nena... *(A los demás.)* ¡Pobre Mauricio!

DÁMASO.—Pobre, sí...

(Suspira hipócritamente. LORENZO vuelve a pasear.)

LEONOR.—(*Taconea impaciente.*) Esa lagarta podía tener la atención de venir a saludarnos. ¿Qué se habrá creído? Vosotros sois los hermanos y ella no es nada.

LORENZO.—Mujer, tanto como nada...

LEONOR.—(*Hace sonar sus pulseras.*) ¿Prefieres que diga otra palabra?

LORENZO.—(*Sarcástico.*) ¡No!... Por Mónica.

LEONOR.—¡La muy pécora! Estará ensayando la comedia de la inconsolable. No, si puede que lo sienta de verdad, ahora que se queda en la calle...

DÁMASO.—Leonora...

LEONOR.—(*Se levanta.*) ¡Y vosotros seréis muy tontos si consentís que se lleve de aquí ni esto!

(*Una pisca imaginaria con los dedos.*)

LORENZO.—No se va a ir desnuda, digo yo.

(*Se sienta.*)

LEONOR.—No. Eso no. Que se lleve todos sus cochinos vestidos... Bueno, casi todos. ¡Pero ni una joya, ni un cuadro!

DÁMASO.—Calma, mujer. Nos ha llamado, y eso demuestra que ha comprendido la situación. Está claro que, si Mauricio hubiese hecho testamento a su favor, ni nos habría avisado... Ten la seguridad de que se procederá como es debido con ella. (*Pasea y se detiene junto a MÓNICA, que no deja de escucharle muy turbada, para ponerle una mano en la cabeza.*) Mónica, hija mía: podremos darte estudios y atenderte como mereces. Bien sabe Dios que cuando me condecoraron...

LEONOR.—(*Despectiva.*) ¡Bueno!...

(*Se sienta.*)

DÁMASO.—...hubiera cambiado mil veces el honor que me daban por la seguridad de tu porvenir... Tu pobre padre ha trabajado en balde muchos años; ahora tendrá su recompensa. Dios se acuerda siempre de los buenos... (*Espera, embriagado por sus propias palabras. MÓNICA retira su cabeza, apenada.*) ¿No me dices nada, hija mía?

MÓNICA.—Me da mucha pena, papá. Amalia es buena en el fondo.

LEONOR.—(*Con una rabia helada.*) Como te lo vuelva a oír una sola vez más, te cruzo la cara de un bofetón.

DÁMASO.—(*Conciliador.*) Calla, Leonora. Mónica es muy niña y no sabe aún conocer a las personas...

(*Breve pausa.*)

LEONOR.—Me pregunto por qué no sale.

DÁMASO.—(*Satisfecho.*) Nos teme.

LEONOR.—Estará poniéndose como una pordiosera y untándose saliva en los ojos para enternecernos... (*Taconea.*) ¡Cuidado con enternecerse! ¿Oyes, Dámaso? Que vea desde el primer momento que la tenemos en nuestras manos y que no vamos a aflojar. ¿De acuerdo?

DÁMASO.—Naturalmente.

LEONOR.—¿Y tú, Lorenzo?

LORENZO.—Ya veremos, mujer.

LEONOR.—(*Se levanta.*) ¿Qué es lo que hay que ver?

LORENZO.—¡Te digo que ya veremos! No sabemos nada todavía.

LEONOR.—¿No? Pues yo te digo que no veremos, que lo vamos a ver en seguida. ¿Dónde está ella?

LORENZO.—(*Señala.*) En la alcoba.

LEONOR.—Ya que no sale, entro yo.

(*Se dirige a la puerta del gabinete. MÓNICA se levanta, DÁMASO se interpone.*)

DÁMASO.—Espera...

LEONOR.—¿A qué? ¡Esta casa es más nuestra que suya!

LORENZO.—Lo será...

(*Se levanta.*)

LEONOR.—¡Es lo mismo! (*A DÁMASO.*) Déjame pasar.

LORENZO.—Ya que te empeñas... probaremos. Pero es más adecuado que lo haga uno de los hermanos, ¿no crees? Permíteme. (*Va a la puerta y mueve el picaporte con suavidad. Se detiene y mira, serio, a los otros.*) Está echado el pestillo. (*LEONOR avanza y lo*

comprueba. Todos se miran.) Os digo que no hay que precipitarse. Esto no está claro. Esperemos. *(Va a la mesa y vuelve a sentarse tras ella. MÓNICA vuelve a sentarse. LEONOR y DÁMASO se miran, desconcertados. SABINA entra por el foro. Los mira y se dirige al chaflán.)* ¿Han llamado?

SABINA.—He sentido llegar un coche desde la cocina.

(Sale.)

LORENZO.—*(Seco.)* Mi hijo.

(LEONOR corre a sentarse y adopta una postura digna, con gran juego de pulseras.)

DÁMASO.—¿Continuáis distanciados?

LORENZO.—Es inevitable. No nos llevamos bien.

DÁMASO.—¿Sigue en el periódico?

LORENZO.—*(De mala gana.)* Sí.

(SABINA entra, y casi al tiempo, rápido, LEANDRO.)

SABINA.—El señorito Leandro.

(LEANDRO puede tener cuarenta años, aunque es arrogante y juvenil. Viste con soltura la ropa sencilla de un hombre de acción y de trabajo. Por un segundo, mira a todos con franca hostilidad.)

LEANDRO.—Buenas noches.

DÁMASO.—Buenas noches.

LEONOR.—Buenas noches.

(LORENZO ni los mira. Toma un cigarrillo de la mesa y lo enciende con parsimonia.)

SABINA.—Voy a avisar a la señora.

(Cruza.)

DÁMASO.—Creo que la puerta... está cerrada.

SABINA.—*(Sorprendida.)* ¿Cerrada?

(Y, ante la sorpresa de los demás, la abre tranquilamente, los mira y sale, cerrando tras sí.)

LORENZO.—*(Intrigado.)* ¿Qué significa esto?

LEANDRO.—*(Disgustado del poco caso que le hacen.)* ¿Puedo saber cómo sigue Mauricio?

DÁMASO.—Se muere.

(Va a la mesa y toma otro cigarrillo, que huele antes de encender.)

LEONOR.—Sin remedio. Y no ha testado.

LEANDRO.—No tiene que decírmelo. Veo en las caras... *(Mira a su padre.)* de todos, un júbilo muy mal disimulado.

LEONOR.—¿Va usted a decirnos que lo siente? ¡Vamos! Como si no supiéramos todos que...

LEANDRO.—¡Tenga cuidado con lo que dice! No. No voy a decir que siento lo de mi tío, porque mentiría. ¡Pero ella es distinta!

LEONOR.—¡Claro! El es él, y ella es ella.

DÁMASO.—Leonor...

LORENZO.—¡Chist!

(Señala a la puerta del gabinete, que se abre. Es SABINA, que cruza entre el silencio de todos, y sale por el foro.)

LEANDRO.—¿Qué ha querido decir antes, señora?

LEONOR.—Nada que usted no sepa.

LEANDRO.—No me gusta esa actitud. Advierto a todos que considero sagrado el dolor de Amalia, que estamos en su casa...

LEONOR.—¡Bah, bah!

LEANDRO.—¡En su casa y que no toleraré que se la insulte ni se la humille!

LEONOR.—¡Digo! Si ella no salía porque esparaba a su defensor... El caballero andante, que la recogerá después, en su pobreza. ¿A que no?

LEANDRO.—¡Señora!

DÁMASO.—(Que mira a la puerta del gabinete con recelo.) ¡Cuidado!

(Todos miran. MÓNICA se levanta. La puerta se abre y aparece AMALIA con el dedo en los labios, cerrando tras sí. Arrogante, segura, los ojos muy secos. LORENZO se levanta.)

AMALIA.—¡Chist! Lo van a despertar.

MÓNICA.—(La abraza impulsivamente.) ¡Tía!

LEONOR.—¡Vuelve a tu sitio, Mónica! No tienes ninguna tía. (MÓNICA lo hace humillada.) Amalia es una... señorita, muy vestida y enojada, por cierto, que no parece comprender la situación.

(Sus pulseras emiten un despectivo comentario.)

AMALIA.—(Mira al reloj y avanza.) ¿Y cuál es mi situación, según usted?

DÁMASO.—Mi mujer quiere decir que el papel de señora de la casa tal vez empieza a no convenirle... Yo sé que usted lo comprende, y que por eso nos ha llamado.

AMALIA.—Gracias por sus aclaraciones acerca de lo que opina su señora. ¿Opinan igual los demás?

(MÓNICA hace tímido gesto de negación que ella finge no ver.)

LEANDRO.—Yo, no, Amalia. Y ellos lo saben muy bien.

LORENZO.—Yo, señorita, no opino nada... todavía. Y siento lo que le ocurre.

AMALIA.—(Seca.) Gracias. (A DÁMASO.) ¿Tiene alguna otra opinión su señora de usted?

DÁMASO.—Ya que lo toma así, le diré la mía. Lamento tener que recordarle que hemos venido aquí por derecho propio, y que nadie, fuera de nosotros, está autorizado a permanecer a la cabecera de ese moribundo... Tendrá usted que abandonar la casa.

LEONOR.—Con otro traje y sin esas joyas.

LEANDRO.—¡No tolero esas palabras!

AMALIA.—(Seca.) Gracias, Leandro. No necesito ayudas.

(A LEONOR.) ¿De modo que despojada?

LEONOR.—¡Si lo llama usted así...!

AMALIA.—¿Echada a la calle como una perra?

LEONOR.—(Venenosa.) Ha encontrado usted la palabra justa.

LORENZO.—Bueno. No hay que ponerse así...

DÁMASO.—No es necesario, desde luego. (A AMALIA.)

¿Quiere usted hacer el favor de conducirnos al lado de nuestro hermano?

AMALIA.—Lo van ustedes a ver ahora mismo. Acérquense.

(Vuelve a la puerta del gabinete. Todos se aproximan. SABINA entra por el foro y se queda junto a la puerta. Por encima del grupo de los parientes, ambas cambian una tensa mirada que ellos no captan. AMALIA abre con decisión la puerta del oscuro gabinete, sin dejar de mirarlos. Todos se apiñan y observan un instante en silencio.)

LEANDRO.—¿Una enfermera?

AMALIA.—Sí.

LEONOR.—Nos mira...

DÁMASO.—Se levanta...

LORENZO.—Nos saluda.

(Levisimos gestos de correspondencia por parte del grupo.)

MÓNICA.—Parece muy tranquilo...

AMALIA.—(Amarga.) Sí, ahora está muy tranquilo.

(Cierra la puerta con suavidad.)

LEONOR.—(Eleva la voz indignada.) ¿Por qué cierra, si vamos a entrar?

AMALIA.—¡Por Dios, señora, no levante la voz!

LEONOR.—(La eleva algo más.) ¿Por qué no?

AMALIA.—No es fácil, pero podría despertarse y...

LEONOR.—(Más alto.) ¿Y qué?

AMALIA.—Que puede testar.

(Un silencio. LEONOR retrocede, turbada. SABINA cruza.)

SABINA.—Con permiso.

(Todos la miran, estupefactos, abrir tranquilamente la puerta del gabinete y salir, cerrando tras ella.)

AMALIA.—*(Avanza.)* ¿Quieren sentarse todos? Los he llamado porque tengo que decirles algo. *(MÓNICA vuelve al diván. Los demás se sientan junto a la mesa, muy atentos a sus palabras.)* Mauricio se ha puesto a morir a las tres y media. Se repuso un instante y manifestó deseos de dictar su última voluntad, porque el médico no le quiso engañar... Ya saben lo que tiene. Después se volvió a desvanecer... El doctor ha dicho que no pasará de mañana. Y ha descrito esa calma, ese sopor tranquilo en el que le han visto, como el peor de los síntomas. Pero, durante ese sueño, y aunque ya no le sirva de nada, se le puede reanimar. Hablándole, tocándole, quizá. Y, si se resiste, con una inyección. *(Breve pausa. Se ha detenido junto a la mesa.)* ¿Alguno de ustedes ha reparado en un papel y una pluma puestos sobre su mesita de noche?

MÓNICA.—¡Yo los he visto!

AMALIA.—Es el testamento, y yo misma lo he redactado. Creo que estaría de acuerdo con su voluntad... Todo para mí, nada para ustedes.

LEONOR.—¡Qué infamia!

AMALIA.—¿Infamia? No. Su voluntad. Si lo despierto bastará que lo lea y lo firmará sin vacilar.

LEANDRO.—*(Suave.)* ¿Sin notario?...

AMALIA.—Sin notario y con cinco testigos. Estoy bien enterada. Tú podrías ser uno, supongo...

LEANDRO.—Naturalmente.

AMALIA.—*(Con una maligna mirada a los demás.)* Los que faltan, se traerán, si es necesario, de la vecindad. Sabina sabe ya a quién recurrir. *(Breve pausa.)* Y ahora, si quieren ustedes ocupar junto a la cabecera el puesto que les corresponde... y correr el riesgo de que se despierte..., pueden hacerlo. La puerta está libre.

(Silencia de muerte.)

LEANDRO.—Yo mismo.

(Se levanta y marcha.)

LEONOR.—*(Se levanta casi al mismo tiempo.)* ¿A dónde va?

DÁMASO.—*(Lo mismo.)* ¡Quieto, Leandro!

AMALIA.—*(Sonriente.)* Vuelve a sentarte, Leandro. Se le reanimará si nadie se opone.

LORENZO.—*(Que no se ha levantado.)* ¿Por qué no lo ha hecho usted?

AMALIA.—Porque les quiero proponer un trato. ¡Vuelvan a sentarse! ¡Por favor! *(Lo hacen.)* Mauricio estaba reñido con ustedes desde hace años. *(Pasea.)* Mateo era el único hermano con quien no dejó de tratarse, y cuando decidió marcharse a América a abrirse camino allá. Mauricio no vaciló en costearle el viaje y algo más..., quizá porque Mateo nunca había tenido mal estilo en su manera de entender que tenía un hermano rico. *(LEONOR, y DÁMASO se miran, molestos.)* Hace seis meses, para celebrar su despedida, Mateo los reunió en su casa. A todos ustedes; y sólo a ustedes. Mauricio no pudo negarse a ir... *(Pausa. Sombra.)* Y a partir de entonces... *(Se detiene.)* Pero no. Esto no les importa. *(Se acerca.)* En aquella reunión, alguien de ustedes habló aparte con Mauricio y le dijo algo muy grave. *(Con esfuerzo.)* Relacionado conmigo, al parecer. *(Los mira uno por uno. Todos desvían la vista. ¿Asustados? ¿Perplejos? Tan sólo MÓNICA y LEANDRO continúan mirándola fijamente.)* ¡Y el que lo dijo, me lo va a repetir a mí ahora, palabra por palabra! Porque si no lo hace... le haré firmar a Mauricio. Y si lo hace..., juro por Dios vivo que Mauricio no firmará.

(Gran pausa.)

DÁMASO.—*(Se aclara la voz y habla, con dengues y temblores de conciliación.)* ¿No estará usted equivocada? Quizá se ha imaginado usted cosas... Es comprensible, dado el estado actual de su ánimo, que todos res-

petamos. ¿Cómo puede estar tan segura de que ocurrió algo en una reunión tan lejana?

AMALIA.—Lo estoy.

LORENZO.—¿Es que él le dijo algo?

AMALIA.—No.

DÁMASO.—Eso prueba que no hubo nada. ¿No lo comprende?

AMALIA.—¿Cómo le llamaba usted, Leonor? ¿Usted, tan aficionada a bautizar a las personas a su capricho?

“El silencioso”, ¿no? (A DÁMASO.) Es tímido y callado, como buen pintor... ¡Pero yo sé que alguien le habló!

LORENZO.—Lo dudo mucho, Amalia... Suponiendo, sin embargo, que fuese así, ¿qué va a gastar averiguándolo ahora? ¿Por qué se atormenta inútilmente?

AMALIA.—(Con sombría resolución.) ¡Eso es cuenta mía!

LORENZO.—(Se encoge de hombros y reprime un bostezo.) La compadezco a usted. Las horas que acaba de vivir la han trastornado.

AMALIA.—(Fría.) ¿Es esa la opinión de los demás? (Un silencio.) ¿Nadie contesta?

LEANDRO.—(Se levanta.) Despiértalo, Amalia.

AMALIA.—Bien... Lo haré.

(Va hacia el gabinete, despacio.)

LEONOR.—(Se levanta.) ¡No tiene derecho a hacerlo!

(MÓNICA se levanta también.)

AMALIA.—(Se vuelve.) ¿De modo que fue usted?

(Va hacia ella.)

LEONOR.—¡Yo no dije nada! ¡Pero no tiene usted derecho!

(Durante estas palabras, MÓNICA abre rápidamente la puerta del gabinete y sale.)

DÁMASO.—(Se levanta.) ¡Mónica!

(Corre tras ella y sale.)

AMALIA.—¡Mónica!

LEONOR.—(Extiende los brazos.) ¡No!

(LORENZO, que había pegado una cabezada, se despabila. AMALIA reaparece casi en seguida, trayendo a MÓNICA a la fuerza, y cierra. Todos, menos LORENZO se han acercado.)

DÁMASO.—(Furioso.) ¿Querías despertarlo?... ¡Contesta!

MÓNICA.—(Muy bajito.) Sí.

(La madre sólo esperaba oír esa palabra. Con rabia mal contenida, da una bofetada a su hija.)

LEONOR.—¡Vuelve a tu sitio!

(MÓNICA lo hace, y queda en pie, de espaldas junto al foro, trémula por el llanto.)

AMALIA.—(Molesta.) Un bonito modo de educarla.

LEONOR.—¡Es mi hija!

AMALIA.—¡Y esta es mi casa, todavía! Los hijos no son peleles que se puedan besar y abofetear a capricho.

(LEONOR hace sonar sus pulseras y se sienta por toda contestación.)

MÓNICA.—Yo sólo quería... ayudar... a todos.

LEANDRO.—Claro que sí... Anda, cálmate.

(Le tiende un pañuelo para que se enjugue los ojos, que ella le devuelve a poco.)

AMALIA.—Te lo agradezco, Mónica. Pero así no me ayudas, aunque lo creas. Son ellos los que me van a ayudar, hablando.

DÁMASO.—Ya le hemos dicho que no sabemos nada.

AMALIA.—¿Está usted seguro? (Avanza hacia ellos.) Veo que no comprenden la situación. ¿Algún quien tiene que confesar aquí, delante de todos y en seguida! (A DÁMASO.) ¿Que no ha sido usted? Enhorabuena. Pero usted, y todos, ¡no yo!, obligarán a hablar al culpable. ¡Lo harán porque a todos les conviene!... A la persona que haya sido, le digo ahora: hable en seguida. Ahorre a su familia la necesidad de traicionarle. (Pausa. Todos se miran, inquietos.) ¡Vamos! ¿Quién ha sido?

(Nadie contesta. Sin dejar de mirarlos, AMALIA da unos pasos hacia el gabinete. Su cara se ha nublado. Se detiene y les pregunta con la mirada. Todos se muestran alerta. Unos pasos más. La tensión aumenta. DÁMASO avanza un poco, perplejo, queriendo detenerla y sin saber qué decir. LEONOR se levanta poco a poco. LORENZO, algo adormilado durante las palabras anteriores, se despeja. LEANDRO mira a AMALIA fijamente. MÓNICA se ha vuelto y ahora avanza, deseosa, al parecer, de que AMALIA entre. AMALIA da otros dos o tres pasos. LEONOR avanza, a su vez, con las manos juntas. LORENZO se levanta. DÁMASO inicia un tímido gesto implorante. AMALIA está ya muy cerca de la puerta. Los mira de nuevo y mira también al reloj. Está tan asustada como ellos, pero ellos no lo saben. Se nota que vacila. De repente, el picaporte gira y la puerta se abre, SABINA entra. AMALIA no puede evitar un suspiro de descanso.)

SABINA.—¡Se ha removido, señora! ¡Parece como si quisiera despertar!

(Sus palabras afectan aún más a los presentes. Triunfante, AMALIA los mira y se dispone a salir.)

DÁMASO.—¡Por favor, Amalia, no lo haga! Le prometo que le ayudaré a encontrar lo que busca. ¡Se lo diremos! ¡Esté segura! Pero no lo haga.

AMALIA.—Han tardado demasiado. Pero mi juego es limpio. Si no vuelve en sí espontáneamente, yo no le haré volver.

(Sale y cierra tras sí. SABINA cruza hacia el foro. LEONOR se sienta.)

LORENZO.—(Que se deja caer con un suspiro, en el si-

llón.) ¿Cuándo estará ese café? Me caigo de cansancio.
SABINA.—Pronto ya, don Lorenzo.

(Va a salir por el foro.)

DÁMASO.—¡Mónica! Acompaña a la criada y ayúdala.

MÓNICA.—¿No crees que es ya un poco tarde para hacerme salir, papá?

LEONOR.—¡Haz lo que te ha dicho tu padre!

MÓNICA.—(Triste.) Como quieras, mamá.

(Sale por el foro, seguida de SABINA. Breve pausa. Todos miran a LEONOR.)

LEONOR.—¡No me miréis así! ¡Yo no he sido!

DÁMASO.—Nadie lo dice, mujer... (Lleno de angustia, mira al reloj.) Pero tenemos poco tiempo... Convendría que, el que fuese, lo dijese en seguida.

(Sigue mirándola.)

LEANDRO.—(Despectivo.) ¿Y por qué te excluyes tú?

DÁMASO.—(Molesto.) No digas simplezas, sobrino. Si hubiese sido yo, no la habría dejado entrar ahí.

LEANDRO.—Lo has hecho porque sabes que cumplirá su palabra.

LEONOR.—¡Pues yo juraría que esa bruja lo ha despertado ya!

DÁMASO.—(Asustado.) ¿Tú crees? (Se acerca a la puerta y escucha.) No se oye nada.

LEONOR.—La alcoba está lejos. ¡Abre!

DÁMASO.—¿Abro, Lorenzo?

(LORENZO no responde. Se ha dormido.)

LEONOR.—(Desdeñosa.) La marmota ya se durmió.

DÁMASO.—Ea, hay que acordar algo... (Se acerca rápidamente a LORENZO.) ¡Lorenzo, despierta! ¿Cómo puedes dormir con esta inquietud?

(Lo zarandea.)

LORENZO.—(Despabilándose.) Porque tengo sueño.

DÁMASO.—¡Lorenzo, que no estamos para bromas! ¡Que se nos vuelva el dinero!

(Asqueado, LEANDRO se aparta hacia el ventanal.)

LORENZO.—¿No has sido tú? Pues confiesa.

DÁMASO.—(Desesperado.) Así no resolvemos nada.

LORENZO.—No tengo particular interés en que hayas sido tú. También puede haber sido tu mujer.

LEONOR.—(Sulfurada.) O "el Financiero sin finanzas".

LORENZO.—(Herido.) Me extrañaba no habértelo oído todavía. Gracias.

DÁMASO.—¡Por lo visto, todos queremos que Mauricio firme ese papel!

LEANDRO.—(Se vuelve.) Yo, desde luego. Y os diré más. Si no lo reanima ella, lo haré yo.

LORENZO.—(Seco.) Tú no harás nada.

LEANDRO.—¡Vaya! Mi padre me dirige la palabra al fin.

(Avanza.) ¡Lo haré! No estoy dispuesto a participar de toda esa porquería vuestra.

LORENZO.—(Duro.) ¡Tú no harás nada!

LEANDRO.—(Estalla.) ¿Quién eres tú para prohibírmelo?

¡Hace tiempo que no te debo nada! Has sido incapaz de darme la posición que me debías. ¡Sólo te han importado tus proyectos, en los que has dilapidado lo que no era tuyo, sino mío!

LORENZO.—¡Hijo!

(Se levanta y se acerca.)

LEANDRO.—¡Padre!

DÁMASO.—No os pongáis así... No conviene...

LORENZO.—Entonces, ¿lo vas a despertar?

LEANDRO.—¡Puedes estar seguro!

LORENZO.—Bien. Hazlo ahora mismo. (Breve pausa.) ¿Qué te detiene? Estos no podrán sujetarte, y yo no pienso moverme de aquí.

(LEANDRO da unos pasos rápidos hacia la puerta.)

LEONOR.—(Asustada, se levanta.) ¿Estás loco, Lorenzo?

DÁMASO.—¡Leandro!

(LEANDRO se detiene.)

LORENZO.—(Sonríe.) ¿No lo haces?

LEANDRO.—¡No!

(LEONOR se sienta, agotada.)

LORENZO.—Lo comprendo. (Se acerca a él.) Has venido pensando en encontrar una Amalia distinta de la que has encontrado. Estaba algo más fría de lo que esperabas. Ya no es tan seguro, ¿verdad?, que, si hereda a Mauricio, tú vayas a ser el sustituto. En cambio, un padre siempre es un padre. Yo puedo recibir mi parte y hasta dilapidarla. Pero si me queda algo a la hora de testar a mi vez... ¿eh? Nos conocemos, hijo.

LEANDRO.—Para ti nunca ha habido más que el dinero. Nunca podrás comprender que, si no lo hago, es por respeto a la voluntad de Amalia.

LORENZO.—(Burlón.) ¿Y la voluntad del moribundo?

LEANDRO.—¡Esa no me importa nada!

(Se aleja hacia la ventana.)

DÁMASO.—¡Pues es muy importante, porque le va a hacer firmar!

LORENZO.—(Grave.) No creo. Esperaré lo más que pueda para descubrir lo que le interesa. Y como aquí no parece haber muchas ganas de decírselo, esto será un forcejeo que va a durar. Cuanto más dure mejor para vosotros y peor para ella, porque él puede morir. Es una lucha contra reloj. (Lo señala con la cabeza.) Ella quisiera que no anduviese, y vosotros, que marchase muy de prisa. Pero el forcejeo es peligroso... Porque está muy nerviosa, puede cansarse y, en un pronto, despertarlo. (Sin mirar a nadie.) El que sepa lo que ella quiere, debe procurar no tirar demasiado de la cuerda. O confesar en cuanto ella vuelva, si lo prefiere.

LEONOR.—Ahora te excluyes tú.

LORENZO.—(Se encoge de hombros.) Yo siempre me excluyo de tonterías de esta clase... (Vuelve a su sitio)

y se sienta.) Bien. Y ya que ese café no quiere venir, dejadme dormir un poco. No me tengo.

(Apoya su cabeza en la mano, cerrando los ojos.)

LEONOR.—¡Ojalá se muriese!

LORENZO.—(Irónico, sin abrir los ojos.) ¿El o ella?

LEONOR.—¡Los dos!

(Breve pausa. De pronto, se eleva nuevamente en el jardín el alucinante y prolongado aullido del perro. LEONOR se levanta, sobresaltada. LORENZO abre los ojos. LEANDRO da unos pasos hacia el ventanal. Todos aguantan, con las caras crispadas, hasta que termina el aullido.)

LEANDRO.—(Grave.) Es Leal, que ventea la muerte.

LEONOR.—(Cada vez más descompuesta.) ¿Se estará muriendo? (Corre a la derecha y trata de escuchar. Se yergue despacio, temblando.) ¡Tengo miedo!

DÁMASO.—(Corre a su lado.) ¡Serénate! ¡No ha sido más que un ladrido!

(La puerta del gabinete se abre de improviso. DÁMASO ahoga con la mano el gemido de LEONOR. AMALIA reaparece y los mira. LEONOR y DÁMASO tratan de atisbar hacia la alcoba, y AMALIA se hace a un lado, antes de cerrar, para que la vean.)

LEONOR.—La enfermera está tranquila...

DÁMASO.—Ya ves que no pasa nada.

AMALIA.—(Cierra.) Nada que pueda inquietarles, en efecto. Vuelve a estar tranquilo. (Avanza.) Espero sus palabras, Dámaso.

DÁMASO.—(Vacila.) El caso es, señorita, que... he intentado convencerlos...

(La mirada de AMALIA se endurece.)

LEANDRO.—Es inútil, Amalia. No quieren hablar.

(Se sienta.)

DÁMASO.—¡No es eso señorita! Es que lo que usted pregunta es muy extraño. Acaso está confundida. ¿No podría tratarse de algún otro momento cercano a aquél?

AMALIA.—No.

LEONOR.—O de alguna otra persona...

AMALIA.—(Duda levemente.) Tampoco. (Suena el timbre de la casa. AMALIA vuelve rápidamente su cabeza hacia el chaflán. Mira al reloj.) ¿Quién puede ser?... (Se dirige al chaflán. Se detiene, dudosa.) ¿Y Mónica?

DÁMASO.—Ayuda a la criada.

AMALIA.—(Va a la puerta del foro y la abre.) ¡Ah, ya vienes! (SABINA entra.) ¿Has oído?

SABINA.—Y he visto, desde la ventana de la cocina. Es una mujer.

AMALIA.—¿Una mujer?

SABINA.—Parece una mujer. Está oscuro... ¿Abro?

AMALIA.—(La retiene por un brazo.) Espera... No estoy para nadie. Toma el recado, arregla lo que sea, y que se marche.

SABINA.—Sí, señora.

(Sale. AMALIA espera con impaciencia. LORENZO se despierta a medias.)

LORENZO.—¿No está aún ese dichoso café? (Nadie contesta. Todos están mirando hacia el chaflán. Se despierta del todo y los mira.) ¿Qué ocurre?

(SABINA vuelve dudosa.)

SABINA.—No se quiere marchar. Le he dicho que había un enfermo, y dice que es pariente del señor...

AMALIA.—¿Pariente?

SABINA.—Que le diga a usted que es la señorita Paula.

DÁMASO.—¡Paula! ¿La modista?

LEONOR.—¡Ja! "Robes y mantos"

AMALIA.—(Disgustada.) ¿Cómo se le ha podido ocurrir...? Dile que lo siento muchísimo, pero que... No. Iré yo misma.

(Da unos pasos.)

DÁMASO.—(*Insinuante.*) ¿No crees que convendría hacerla pasar?

AMALIA.—¿Por qué?

DÁMASO.—Es de la familia... No sería justo despedirla en esta ocasión. (*A los demás.*) ¿No os parece?

LEANDRO.—Si Amalia no quiere, no veo por qué. Su parentesco es lejano.

DÁMASO.—No tanto, sobrino. Es prima segunda tuya, y sobrina segunda de Mauricio, y de todos nosotros...

(*Dirige a todos miradas suplicantes.*)

AMALIA.—¡Eso no me importa!

(*Se dirige al chaflán.*)

LORENZO.—Quizá sí, señorita... ¿No le parece que es algo rara su visita a estas horas?

LEANDRO.—¡Tratan de envolverte! ¡No les hagas caso!

(*AMALIA los mira a todos.*)

AMALIA.—(*Decidida, a SABINA.*) Hazla pasar. (*SABINA sale. Una pausa.*) ¿Estuvo en la despedida de Mateo?

LORENZO.—No.

(*Pausa. Entra SABINA.*)

SABINA.—La señorita Paula.

(*Se aparta y se detiene junto al foro, curiosa. LEANDRO y LORENZO se levantan. Entra*

PAULA. *Es joven y bonita. Viste un elegante modelo descotado. En su cara, una comedida sonrisa que quiere ser amable sin desentonar de las circunstancias.*)

PAULA.—Buenas noches a todos.

DÁMASO.—(*Expansivo.*) ¡Hola, sobrina!

PAULA.—(*A AMALIA.*) Quizá no me recuerde usted. El tío Mauricio nos presentó hace algunos años.

(*Le tiende la mano.*)

AMALIA.—(*Estrechándosela.*) ¿No quiere sentarse?

PAULA.—Gracias. (*Acepta la silla que, amable le brinda*

LORENZO. LEONOR se sienta también. AMALIA permanece de pie.) Pensé que debía venir por si podía ayudar en algo.

(*LORENZO y LEANDRO se sientan.*)

AMALIA.—(*Extrañada.*) ¿Usted sabía...?

PAULA.—Pues... sí. Ha sido una verdadera casualidad... Yo estaba con unos amigos en una sala de fiestas, y en la mesa de al lado coincidió un escultor conocido mío. De la directiva del Círculo de Bellas Artes... (*Entre AMALIA y SABINA se cruza una mirada de temor.*) Se acababa de enterar. (*A AMALIA le flaquean las piernas. Sin perder la vista a PAULA, su expresión acusa el pavor que la invade.*) Me dijo lo ocurrido, y pedí un taxi en seguida.

DÁMASO.—Es curioso lo pronto que se propagan las noticias...

LORENZO.—Es natural, tratándose de una persona tan conocida. ¿Qué te dijo tu amigo, Paulita?

(*AMALIA cierra los ojos, desesperada. SABINA avanza unos pasos, sin saber qué hacer.*)

PAULA.—La cosa es un poco fuerte; supongo que exageró.

AMALIA.—(*Jadea.*) ¿Que exageró?

(*LEANDRO la mira, inquieto.*)

PAULA.—Me dijo que... se estaba muriendo... Espero que no sea tanto.

AMALIA.—(*Abre los ojos y la mira fijamente.*) ¿Le dijo que se estaba muriendo?

(*No comprende nada. Mira a SABINA. Un silencio. Todos la observan, extrañados.*)

LORENZO.—¿Le pasa algo, Amalia?

AMALIA.—(*Sin dejar de mirar a SABINA, reacciona.*) Nada. Estaba pensando... ¿Quieres traer el café en cuanto puedas, Sabina? Prepara una taza más.

SABINA.—Sí, señora.

(*Sale por el foro. La expresión de AMALIA cambia. Ahora sabe que PAULA ha mentado,*

que cuando venías aquí, una y otra vez, a ver lo que pescabas.

MÓNICA.—¿Se quiere callar?

SABINA.—(Deja el plato y la taza sobre la mesita y la aferra por un brazo.) Te conozco. Muchas veces logré echarte sin tener que decir a los amos que habías venido... ¡Y es que Sabina sabe lo que se hace! ¡Y vigila siempre!

(AMALIA sale del comedor y las mira un instante.)

AMALIA.—¿Qué os pasa?

MÓNICA.—(Se precipita en sus brazos.) ¡Tía!

SABINA.—¡Pregúntela por qué ha querido entrar otra vez en la alcoba! (AMALIA separa bruscamente a MÓNICA y la mira, eludiendo sus tentativas de abrazarla de nuevo.) Si me descuido, lo consigue. La muy...

AMALIA.—Basta, Sabina. Déjanos.

SABINA.—(Disgustada, recoge el plato y la taza.) Tenga cuidado con ella... Esta noche no se debe usted fiar de nadie. ¡De nadie!

(Sale por el foro.)

AMALIA.—¿Lo querías despertar?

(Le levanta la barbilla.)

MÓNICA.—(En voz muy baja.) Sí.

AMALIA.—(Dulce.) ¿Por qué? (Un silencio. La toma de una mano y la conduce a un sillón.) Siéntate. (Se sienta a su lado.) Es por tus padres, ¿verdad? Sabes que han sido ellos y tratas de ahorrarles la vergüenza de decirlo. Pero un momento de vergüenza no es nada, y yo cumpliré mi palabra. Si hablan, es el bienestar, la riqueza... para ellos y para ti.

MÓNICA.—¡Calla! ¡Cállate!

AMALIA.—(Fria.) Los defiendes. No me parece mal; son tus padres. (Se levanta.) Vuelve con ellos.

MÓNICA.—(Suplicante.) Tía...

AMALIA.—Yo, no soy tía tuya. (MÓNICA rompe a llorar AMALIA se estremece. Se acerca y acaricia sus cabellos,

mas ella desvía, rebelde, la cabeza.) ¿Por qué lloras? MÓNICA.—(Ahogada por el llanto.) Es que él va a morir, ¿no lo comprendes? Y va a ser verdad lo que ellos dicen: que tú tampoco lo sientes... El tío está solo, y tú te dedicas aquí a charlar, en vez de atenderlo, y besarlo... ¡Y todo esto es... espantoso! (Se calma un poco.) ¡Qué me importa a mí el dinero! ¡Lo odio! Mi padre siempre habla de dignidad y de no deberle nada a nadie... Pero cuando mi madre me obligaba a venir, a... pedirle al tío unos durcos..., mi padre se hacía el distraído. Y luego, por la noche, yo les oía disputar para repartirse los cuartos... Y si me resistía a venir, era peor... Entonces, mi madre me pegaba y me amenazaba con ponerme a servir... Y ahora el tío se muere. Y tú no me dejas que le dé un beso de despedida.

AMALIA.—(Conmovida.) ¿Tanto le querías?

MÓNICA.—Y a ti también te quería. Me daba vergüenza venir a pedirlos, y me gustaba al mismo tiempo, porque os encontraba a los dos tan distintos... Tan cariñosos... Y por eso me gustaba llamarte tía: porque muchas veces he pensado que, en realidad... (Baja la cabeza.) yo no tenía familia.

AMALIA.—(Se inclina con ternura hacia ella.) Mónica...

MÓNICA.—(Se levanta.) ¡No me toques! Me mataría por haberte dicho todo esto! ¡Porque ahora no te quiero, no quiero quererte! (Retrocede.) ¡Ofreces el dinero, te vistes, te alhajas, te empeñas en descubrir no sé qué! Y es que no lo quieres.

AMALIA.—¡Mónica, hija mía! ...

MÓNICA.—¡No me llames hija! Tampoco yo soy tu hija.

(Breve pausa.)

AMALIA.—(Grave.) Te juro que he llorado. Te juro que, cuando esta noche termine, lloraré otra vez: lloraré por él toda mi vida. Pero ahora no puedo.

MÓNICA.—(Desesperada.) ¿Por qué no?

AMALIA.—(Titubea.) No puedes comprenderlo... Yo te

PAULA.—Usted primero, tío.

(Se acerca al comedor, junto a cuya puerta permanece.)

LORENZO.—¿Usted, Amalia?

AMALIA.—Ahora iré. *(LORENZO entra en el comedor. AMALIA se recuesta contra la puerta del gabinete, rendida. LEANDRO da unos pasos hacia ella.) ¡Por favor!...*

(LEANDRO se vuelve y entra en el comedor bajo la mirada de PAULA, que sale tras él. Breve pausa. AMALIA se ha hundido. Cierra los ojos. Luego, con trabajo, cruza lentamente hacia el comedor. Antes de llegar, el reloj comienza a dar la hora. Son las cinco en punto. AMALIA se vuelve y lo mira, sobresaltada, escuchando, llena de temor, las cinco campanadas.)

T E L O N

ACTO SEGUNDO

Alguien apagó la luz central. El reloj marca exactamente las cinco y cuarto. Durante esos minutos nada ha ocurrido, probablemente, de interés. Todos han tomado su café en el comedor, hablando poco y trivialmente, mientras se preparan para continuar el forcejeo iniciado. Acaso PAULA se ha informado de algún promenor más: tal vez AMALIA ha necesitado reprimir en algún momento su impaciencia y sus lágrimas de mujer al borde de la historia. Nada de esto, en definitiva, nos importa. En el salón no hay nadie, y por la entreabierta puerta de la izquierda se filtra la luz del comedor.

(No tarda en verse interceptada por alguien que se aleja furtivamente de los demás. Es MÓNICA, que se escabulle hacia el salón sin hacer ruido. Sin dejar de prestar atención al comedor, cruza la escena y se acerca a la puerta del gabinete. Se cerciora por última vez de que no ha sido observada y, en un arranque, abre la puerta del gabinete y sale de escena, dejándola abierta. Una pausa. MÓNICA reaparece rudamente empujada por SABINA, que sujeta con la izquierda un platillo con una taza vacía. SABINA cierra la puerta y se enfrenta con MÓNICA.)

MÓNICA.—¡Quiero ver a mi tío!

SABINA.—¿Verlo nada más? *(MÓNICA baja los ojos.)* Te vengo observando toda la noche, y no me gustas nada. Algo te traes en el magín que no puede ser bueno. ¿No te da vergüenza?... ¡Qué te va a dar! La misma

pero ignora la causa. Recobrada, la mira con frialdad.)

PAULA.—Supongo que no será tanto...

AMALIA.—Es la verdad. Se está muriendo.

PAULA.—Lo siento infinitamente.

AMALIA.—(Fria.) Gracias. (Pasea.) Su devoción por la familia es conmovedora. Sobre todo, teniendo en cuenta que usted y Mauricio apenas se trataban.

PAULA.—Eso no importa. Es mi tío y...

AMALIA.—Tío segundo.

PAULA.—Es lo mismo...

AMALIA.—Quizá. Dígame, señorita: ¿lo vio usted por casualidad hace unos seis meses?

PAULA.—¿Yo?

AMALIA.—Sí. Usted.

PAULA.—Creo que no he visto al tío desde hace lo menos dos años.

AMALIA.—¿Lo cree nada más?

PAULA.—(Fria.) No comprendo el tono de sus palabras.

AMALIA.—Su devoción por la familia es sorprendente. Hace seis meses que se fue a América Mateo, otro tío segundo suyo. ¿No lo despidió?

PAULA.—Sí. Me telefoneó, y...

AMALIA.—¡Ah! Por teléfono. Quizás no lo quería usted tanto como a Mauricio.

PAULA.—Exactamente lo mismo. ¿Puedo verlo?

AMALIA.—No.

(PAULA siente el insulto que encierra la negativa, y se levanta.)

PAULA.—Veo que le desagrada mi visita. Lo siento.

AMALIA.—(Rápida.) Al contrario, Paula... Quédese, se lo ruego. Ha llegado usted a tiempo de participar en un juego extraño. Presiento que le interesará.

PAULA.—¿A qué se refiere?

AMALIA.—Mauricio no ha testado. Yo puedo reanimarlo y conseguir que lo haga antes de su muerte, que es segura. Y lo voy a hacer si ellos no me dicen algo a

cambio. A usted esto no le importa, ¿verdad? Pase lo que pase, no hereda nada.

PAULA.—(Seca.) Desde luego. Y tampoco lo necesito.

AMALIA.—De modo que neutral. (Incisiva.) Lo parece, al menos. Observadora de una guerra implacable. (Eleva la voz, dirigiéndose a todos.) ¡Una guerra que continúa!

DÁMASO.—¡No se exalte otra vez, por favor!

AMALIA.—¡Antes de que den las cinco en ese reloj, exijo que el culpable se adelante! (Un silencio.) ¿No? (Se dirige hacia la puerta del gabinete y los mira.) Nadie quiere hablar. Creen que me interesa mucho... Que agotaré el tiempo para conseguirlo. Pero hay que tener cuidado. No conviene tirar demasiado de la cuerda... (Ríe. LEONOR y LORENZO se levantan, desconcertados.) Porque estoy muy nerviosa, puedo cansarme, y, en un pronto, despertarlo... ¡Imbéciles! ¿Creían que no iba a escuchar? ¡En la guerra, como en la guerra! (Gana la puerta y pone, con un brusco ademán, la mano en el picaporte.) ¿Quién puede adivinar si la cuerda está o no a punto de romperse? ¡Tened cuidado! (Con tono de absoluta decisión.) Por última vez: ¿sí o no? (Por el foro entra SABINA, con una bandeja que contiene el servicio de café, y MÓNICA, con otra llena de tazas. AMALIA las mira con enorme contrariedad. SABINA se detiene, vacilante, e intenta retroceder. AMALIA, con la voz rota.) No. No te vayas. Déjalo en el comedor.

(LORENZO se apresura a abrir la puerta corredera de la izquierda y enciende la luz del comedor. SABINA y MÓNICA pasan con el servicio.)

DÁMASO.—(A AMALIA.) Por favor... El tiempo de tomar una taza. Sólo unos minutos...

LORENZO.—A usted también le conviene, créame.

AMALIA.—(Agotada, señala al comedor.) Pasen...

(LEONOR y DÁMASO lo hacen.)

LORENZO.—(Desde la puerta del comedor.) ¿No entras, Paula?

contaría... *(En tono confidencial.)* Hay algo que ignoras...

(Mira al comedor.)

MÓNICA.—*(Animándola, con la voz y el gesto, a hablar.)*
¿El qué, tía? ¿El qué?

(Breve pausa.)

AMALIA.—*(Su fisonomía se endurece.)* No. No puedo decirte... aún. ¡Porque también yo dudo de ti!

(Se separa bruscamente, agitada.)

MÓNICA.—*(Triste.)* Todo es inútil... Estoy sola.

AMALIA.—*(Dura, sin mirarla.)* También yo lo estoy. Y él. Todos lo estaremos, hasta que la noche termine. Quizá entonces volvamos a encontrar el cariño que necesitamos, o quizá lo perdamos para siempre. *(Se vuelve hacia ella.)* Entre tanto, suspicacia, mentira y soledad. Es necesario. Y ahora, vete al lavabo y date agua en los ojos. Los tienes imposibles.

(MÓNICA suspira y se dirige al foro. Inicia un leve ademán de conciliación antes de salir, que AMALIA decide no ver, y sale. Pensativa por un momento, AMALIA reacciona y se dirige al comedor, después de una ojeada temerosa al reloj. Antes de llegar a la puerta, ésta se abre y aparece LEANDRO, que cierra tras sí.)

AMALIA.—Abre. Tienen que venir.

LEANDRO.—Espera. Quiero hablarte.

AMALIA.—¿Sabes algo?

LEANDRO.—Quizá.

AMALIA.—Bien. ¿Qué es lo que sabes?

LEANDRO.—Por lo menos, sé que lo debes reanimar inmediatamente. Ellos no hablarán.

AMALIA.—¿Por qué no?

LEANDRO.—¡Estás persiguiendo a un fantasma! ¡Te contarán cualquier insignificancia! ¡Ahórrate esa agonía, mujer!

AMALIA.—Eso es cosa mía.

(Se apartan.)

LEANDRO.—¿No ves que no lo merecen?

AMALIA.—Tu padre está entre ellos, Leandro.

LEANDRO.—*(Sombrio.)* Mi padre... Sabes de sobra cómo es mi padre.

AMALIA.—¿Ha sido él?

LEANDRO.—¡Qué obsesión! No se trata ahora de eso. *(Se acerca a ella.)* Se trata de que vas a regalar la fortuna de Mauricio a él y a los otros, que nunca le han querido.

AMALIA.—Y tú, ¿le has querido?

(Breve pausa.)

LEANDRO.—*(Baja los ojos y se aparta.)* Al principio, sí. Fuimos camaradas, porque teníamos casi la misma edad... El triunfó, y yo, a mis años, no he pasado de ser un triste gacetillero. Eso es muy duro para un hombre, Amalia. Tú no lo puedes comprender.

AMALIA.—He vivido entre artistas... Sé lo que es eso.

LEANDRO.—¡NO! Yo no me quejo de su triunfo, que me parece justo. Lo doloroso, lo... ¡intolerable! es la tremenda injusticia de mi fracaso. ¡Postergado, despreciado por todos esos pedantes que no saben hilvanar dos frases con la pluma y que son novelistas, autores de teatro, directores de periódico! ¡Condenado a reseñar las bodas y los bautizos cuando uno está seguro, absolutamente seguro, de que vale más que ellos! *(Lento.)* Y entonces... la suerte ciega hace triunfar a nuestro compañero de sueños. El se lo lleva todo; yo, nada. ¿Por qué?

AMALIA.—Calla. Me haces daño.

LEANDRO.—*(Vehemente.)* ¿Y por qué se te ha llevado a ti también?

AMALIA.—¡No hables de eso!

LEANDRO.—*(Se acerca.)* ¿Cómo voy a callarlo? Esa es una herida sin solución, Amalia. Tienes que tolerarme que la muestre, aunque nunca hayas querido curarla...

AMALIA.—*(Turbada.)* Por favor... Leandro.

LEANDRO.—Perdón. Sólo quiero ayudarte. Ayudarte contra todos... Y también contra él.

(Señala al gabinete.)

AMALIA.—¿Qué dices?

LEANDRO.—*(Muy cerca de ella.)* ¿Es que "el Silencioso" tenía derecho a serlo también contigo?... ¿Es que se puede callar algo a la mujer que se ama?... Y si calla, ¿por qué lo hace? Por timidez, dices tú. Pero yo digo que acaso por desconfianza... Quién sabe si por indiferencia. Yo te he desnudado ahora mi alma... Lo he hecho porque yo te quiero: yo sí que te quiero.

(AMALIA se separa, brusca, hacia el gabinete, cuya puerta mira muy alterada. Luego le mira a él, con ojos que se ablandan sin querer. LEANDRO se acerca y le toma una mano, que ella abandona. Aproxima su rostro al de ella. ¿Va a besarla? La idea cruza tal vez por la cabeza de los dos. Pero AMALIA se sobrepone poco a poco. Su boca se contrae con decisión. Una furtiva mirada al gabinete denuncia el recuerdo y la presencia en su ánimo de MAURICIO.)

AMALIA.—Estoy pensando que eres la segunda persona que esta noche dice quererme.

LEANDRO.—¿Cómo?

AMALIA.—La segunda que me ruega que lo despierte. Suéltame la mano.

LEANDRO.—¡Amalia!

AMALIA.—Suéltame. *(El lo hace.)* Quisiera saber cuál de las dos me engaña.

LEANDRO.—*(Dolido.)* ¿No me crees?

AMALIA.—¡No quiero creer a nadie!

(Cruza hacia la izquierda.)

LEANDRO.—Me limitaré a recordarte, al menos, una cosa: yo nunca le pedí un céntimo a Mauricio.

(La puerta del comedor se descorre un poco y entra PAULA, que los mira con suspicacia.)

PAULA.—¿Interrumpo?

AMALIA.—Al contrario, señorita. Llega usted a tiempo de opinar. Leandro dice que debo reanimar a Mauricio inmediatamente. ¿Y usted?

PAULA.—No es cosa mía.

AMALIA.—Deme, a pesar de todo, su consejo... neutral.

PAULA.—*(Después de un momento.)* Quizá no convendría reanimarlo inmediatamente... Quizá no.

AMALIA.—¿Por qué?

PAULA.—Porque hay que llevar hasta el fin todo lo que se emprende.

LEANDRO.—¡Amalia no sabe lo que quiere!

PAULA.—*(Fria.)* No lo creo yo así. Pienso que lo sabe muy bien.

AMALIA.—¿Usted lleva siempre hasta el fin todo lo que emprende?

PAULA.—Igual que usted.

AMALIA.—¿Sin vacilar?

PAULA.—¡A toda costa!

(Breve pausa. AMALIA se acerca al comedor, y abre su puerta bruscamente.)

AMALIA.—*(Seca.)* ¿Quieren hacer el favor de venir?

(PAULA se aparta hacia el fondo. LEANDRO la mira con hostilidad. LORENZO entra el primero, con una taza de café en la mano. Tras él, LEONOR y DÁMASO, que trae una copa de vino en la mano.)

LORENZO.—*(Afable.)* La tercera taza, Amalia. Pero es inútil. Tendrá que disculparme si me traspongo. El café ya no puede con mis pobres nervios de enfermo.

(Se sienta en su sillón, tras la mesa, saboreando el café. Nada más entrar LEONOR y DÁMASO miran al reloj con disimulo. SABINA entra por el foro y enciende la luz central. LEONOR se sienta.)

SABINA.—¿Retiro el café, señora?

AMALIA.—Espera un poco. ¿Le llevaste a la enfermera?

SABINA.—Sí, señora. Me preguntó si le inyectaba a don Mauricio.

(Turbación general. DÁMASO, que cruzaba hacia la derecha, se para en seco.)

AMALIA.—No. Aún no.

SABINA.—Eso le dije.

(DÁMASO bebe su copa de un trago, la deja en cualquier lado y va a sentarse en una silla del primer término, junto al gabinete.)

LEONOR.—*(Melosa, tratando de desviar la conversación.)*

¿Y Mónica? No la veo...

AMALIA.—*(Sonriente.)* Está en el cuarto de baño. *(A SABINA.)* Dile que venga.

LEONOR.—No, si no la necesito... Era sólo por saber...

AMALIA.—Es lo mismo. *(A SABINA.)* Dile que venga.

SABINA.—Sí, señora.

(Sale por el foro. PAULA se sienta junto a la mesa y LEANDRO bajo el ventanal.)

AMALIA.—*(Mira a todos.)* Cinco personas. No es tan difícil. Todo se reduce a recordar quién o quiénes hablaron aparte con Mauricio. ¿Lo recuerdas tú, Leandro?

LEANDRO.—No es tan sencillo como crees, Amalia. Déjame pensar...

LEONOR.—Supongo que en esas cinco personas incluirá usted también a Leandro.

LEANDRO.—*(Con forzada sonrisa.)* Pensaba decirlo, Leonor. *(A AMALIA.)* Naturalmente, yo hablé aparte con Mauricio un momento.

LEONOR.—Y por bastante rato.

(MÓNICA entra por el foro y se sienta en el diván, lejos de LEANDRO.)

LEANDRO.—*(Seco.)* Unos momentos. La despedida de Mateo nos había puesto melancólicos y nos llevó a recordar las cosas de los viejos tiempos... Eso fue todo. *(Una pausa.)* Puedes creerme, Amalia. *(AMALIA lo mira*

en silencio.) Amalia, no fui yo el único en hablar a solas con él...

AMALIA.—¿Quién más?

LEANDRO.—*(Por el matrimonio.)* Ellos también hablaron. Ahora lo recuerdo.

DÁMASO.—¡No fue a solas! Leonor y yo hablamos con él en grupo... Todos podían acercarse. Y fue un momento solamente.

AMALIA.—¿Y qué le dijeron en ese momento?

DÁMASO.—*(Mirando a su mujer, que desvía la vista.)* Que sentíamos mucho la marcha de Mateo..., que era una lástima...

(MÓNICA se levanta y se acerca, muy interesada.)

AMALIA.—Mentira.

DÁMASO.—*(Se levanta.)* Señorita, esa es una palabra muy dura. Olvida que soy una persona honorable; que estoy condecorado...

AMALIA.—*(Violenta.)* ¿De qué hablaron? *(Se acerca.)* ¿Calla usted?

DÁMASO.—*(Se vuelve hacia el proscenio.)* Usted me ha ofendido.

AMALIA.—¿No será que no quiere contestar? *(DÁMASO se cruza dignamente de brazos.)* ¿Prefiere que dé a la enfermera la autorización que me ha pedido? *(Se acerca a LEONOR.)* Son ustedes los que pierden si lo hago... Millones, desde que pagaron los encargos de Nueva York y París. No son nada despreciables. *(Pensativa.)* Me pregunto si no estaré cometiendo una tontería al desdeñarlos por más tiempo..., a cambio de unas pocas palabras.

LEONOR.—*(Se levanta trastornada.)* ¡Díselo, Dámaso!

AMALIA.—*(Va, rápida, hacia ella.)* ¡Dígame usted!

DÁMASO.—¡Calla, mujer! *(A AMALIA.)* No es lo que usted busca. Le dijimos a Mauricio que era muy noble su actitud con Mateo... Que su generosidad para ayudar a la familia le honraba... Nada más.

LEONOR.—¡Tú niempre lo dices muy bien! *(A AMALIA.)* ¡Le pedimos dinero! ¡Le pedimos dinero una vez más!

DÁMASO.—¡Se lo pedistes tú! (*Iracundo.*) ¡Yo no me rebajo a esas cosas!

LEONOR.—¡No; tú, no! ¿Para qué, si me tienes a mí y a la niña? ¡Tú hablas de la ayuda familiar... y nos otras tendemos la mano!

MÓNICA.—¡Mamá!

LEONOR.—¡Pordioseras! ¡A eso nos has reducido!

DÁMASO.—¡Leonor!

LEONOR.—(*Va hacia él.*) ¡Pordioseras y esclavas! ¡Esclavas para atenderte, para coserte, para mentir por ti! (*A los demás.*) ¡El nos concedió el honor de convertirnos en sus sirvientas, y debemos estarle muy agradecidas encima, por que él es de buena clase; él es un caballero condecorado! (*Convulsa, señala a la solapa de su marido.*) ¡La compraste en el Rastro! ¡Te la pusiste por primera vez hace quince años, cuando el amigo que te recomendó te dijo que te la habían negado!

(*Se detiene, exhausta. DÁMASO crisper las manos. La mira con odio infinito. Su brazo se levanta, a punto de agredirla.*)

MÓNICA.—(*Gime.*) No..., no...

AMALIA.—(*Se interpone entre los dos y los coge del brazo.*) Todo muy edificante, pero insuficiente. ¿Le hablaban de mí?

(*LEONOR retrocede un paso, desconcertada. AMALIA va tras ella sin soltar su muñeca. DÁMASO se deja caer en la silla, humillado.*)

LEONOR.—No... Nos separamos, y...

LORENZO.—Y tú te quedaste unos minutos hablando con él.

LEONOR.—(*Señala a su marido.*) ¡El me lo había ordenado! ¡Que se atreva a negarlo!

AMALIA.—(*La empuja otra vez hasta obligarla a sentarse de nuevo.*) Y entonces le habló usted de mí, ¿verdad?

LEONOR.—No... Le insistí para que nos diera algo..., sin resultado.

DÁMASO.—¡Mentiste entonces, y sigues mintiendo!

LEONOR.—(*Desesperada.*) ¡Sí! ¡Me dio unos duros, y te los oculté!

DÁMASO.—¡Como siempre!...

LEONOR.—¿Y de qué hubiéramos comido al día siguiente?

AMALIA.—Y después le habló usted de mí.

LEONOR.—(*Histérica.*) ¡Déjeme! ¡Yo no le dije nada!

¿Quiere volverme loca?

(*Sus pulseras tintinean. AMALIA se sitúa tras ella, alarmándola aún más.*)

AMALIA.—(*Suave.*) Es como un pez. Como un pecesito en la pecera, que una quisiera coger con las manos. Parece que se le va a atrapar aquí o allá, en las palabras del uno o del otro... y se escabulle... Pero, de pronto, se le acorrala. De un momento a otro, ya es nuestro. (*Le pone, bruscamente, las manos en los hombros.*) Hable, Leonor. Decirlo no es nada, y va a tener a cambio tantas cosas... Una buena casa..., doncellas... Lo que ha deseado durante su vida entera. Ya no tendrá que estropearse las manos cosiendo o lavando... Mire las mías. (*Le pone una ante los ojos.*) Limpias, suaves, con las uñas cuidadas... Así podrán ser las tuyas.

DÁMASO.—(*Muy inquieto, mirando a su mujer.*) ¡Le recuerdo su promesa, Amalia!

AMALIA.—Sí. La promesa será cumplida. (*A LEONOR.*) Y usted podrá vestir como yo, y cuidar esa cara, y ese cuerpo, ajados por los trajines del fogón y del fregadero... (*Aproxima su cara a la de ella.*) Mire mis orejas. Mi cuello. ¿Verdad que le gusta el collar? Será suyo. Tendrá joyas, joyas buenas y caras con que podrá sustituir esas pobres pulseras de latón...

(*El reloj da la media.*)

LEONOR.—(*Se levanta, iracunda, y se enfrenta con ella.*)

¡Sí! ¡Yo fui!

AMALIA.—(*Triunfante.*) ¡Hable!

(PAULA se ha levantado. LORENZO, también. MÓNICA se sienta, en cambio, en el diván, destrozada.)

LEONOR.—(Ya no tiene miedo, sino rabia. AMALIA, aún con la expresión victoriosa, retrocede hacia el ventanal, seguida de LEONOR.) Le hablé de usted, sí, y de todo eso que me acaba de decir! ¡De los vestidos, de las joyas, de todo lo que usted nos ha robado! ¡De esas cosas con las que ahora se atreve a insultarme! ¡A mí! Pero, ¿quién es usted? ¡Una cualquiera!

(AMALIA, que la animaba al principio con el gesto a seguir hablando, ha modificado su actitud. LEONOR la ha tocado en su herida viva. DÁMASO se levanta.)

AMALIA.—¡Cállese!

LEONOR.—¡Una perdida! Eso le dije a Mauricio. ¡Nos niegas unos céntimos y enjotas a una perdida!

AMALIA.—¡Cállese!

LEONOR.—¿Quería saberlo? ¡Ya lo sabes! Se echó a reír, pero otra le quedó por dentro; se lo noté muy bien. Y usted, ¿se ríe también? ¡Qué va usted a reír! (Ríe.) ¡La que ríe soy yo! ¡Lo ve? ¡Yo! (Se golpea el pecho y ríe con risa discordante.) ¡Una señora!

(Después de mirarla con ojos triunfantes. LEONOR se vuelve a su sitio, con gran juego de pulseras. AMALIA tiene que sentarse. MÓNICA corre al comedor.)

DÁMASO.—(A AMALIA.) ¿Está ya contenta? ¿Ha encontrado lo que quería?

AMALIA.—(Sombría.) No lo sé.

DÁMASO.—¿Cómo que no sabe?

(Pero AMALIA no contesta, triste y absorta. MÓNICA sale del comedor con una taza de café, que remueve con la cucharilla.)

LEONOR.—(Agría.) No recuerdo haberte pedido café, Mónica. Eres muy amable. Trae.

MÓNICA.—(Turbada.) No es para ti, mamá...

(Se acerca rápidamente a AMALIA y le brinda la taza.)

LEONOR.—(Iracunda.) ¡Te digo que traigas!

MÓNICA.—(Sin atreverse a mirarla.) Espera, mamá.

(AMALIA bebe unos sorbos, agradecida.)

LEONOR.—¡Mónica!

(MÓNICA decide no oír.)

AMALIA.—(A LEONOR, tímida.) ¿No le dijo usted nada más a Mauricio?

LEONOR.—(Con desdén.) Si le parece poco... (A su hija, que recoge la taza de AMALIA.) ¿Querrás traerle a tu madre una taza, Mónica?

MÓNICA.—(Apurada.) ¡Ahora mismo, mamá!

(Corre al comedor. Breve pausa. Durante ella, DÁMASO se quita con disimulo de la solapa la insignia y la guarda en el bolsillo, después de mirarla un momento con amargura.)

PAULA.—(Se levanta y se acerca a LEONOR mirando a AMALIA.) ¿Me deja que la ayude? Quizá yo acierte a preguntar lo que usted no se atreve a decir.

AMALIA.—(Asombrada.) ¿Usted?

PAULA.—Sí, yo.

(MÓNICA ha vuelto con una taza, que ofrece a su madre.)

LEONOR.—(Después de probarla, con una mirada terrible.) ¡No le has echado azúcar!

MÓNICA.—Perdona, mamá.

(Vuela al comedor con la taza, de donde sale a poco, meneando el café con una cucharilla.)

PAULA.—(A LEONOR.) Lo que ha dicho usted no tiene importancia, porque el tío Mauricio lo sabía. (AMALIA

se levanta y la mira con interés creciente.) ¿No le habló de algún hecho nuevo?

LEONOR.—¿Qué quiere decir?

PAULA.—Algún devaneo reciente que usted supiese de Amalia.

AMALIA.—¡No ha habido ningún devaneo!

PAULA.—*(Seca.)* Se comprende que usted lo diga. Conteste, Leonor.

LEONOR.—Si hubiese dicho algo de eso, no me importaría reconocerlo.

(Toma la taza de manos de MÓNICA y bebe sin protesta. Tranquilizada, MÓNICA se acerca a AMALIA.)

PAULA.—*(Mira a AMALIA con maligna sonrisa y toma un cigarrillo.)* De modo que no citó a nadie. ¿Me das fuego, *(Con intención.)* Leandro? *(AMALIA mira a LEANDRO. LEANDRO se precipita a encender el cigarrillo.)* Gracias. ¿A quién hubiera tenido que citar, señorita? *(AMALIA no responde.)* ¿A quién?

DÁMASO.—*(Autoritario.)* ¿Qué tiene eso que ver? El hecho es que Leonor ha hablado y que Amalia sabe ya lo que quería.

AMALIA.—*(Cavilosa, a LEONOR.)* ¿No citó a nadie?

LEONOR.—¡No!

DÁMASO.—*(Impaciente.)* Tiene que ser eso, señorita. Y usted tiene que cumplir su palabra...

(Durante estas palabras, AMALIA se ha vuelto para mirar al reloj. Tímida, MÓNICA, le dice algo al oído.)

AMALIA.—¿Qué dice? *(MÓNICA repite sus palabras, muy turbada. AMALIA se adelanta y mira fijamente a LORENZO.)* ¿Usted?

LORENZO.—¿Yo, qué?

AMALIA.—Mónica dice que usted habló también a solas con él.

(Todos miran a LORENZO, que sonríe y se levanta despacio.)

LORENZO.—¿Quién me vio, mocosa? ¿Tú solamente?

MÓNICA.—*(Guareciéndose tras AMALIA.)* ¡Le pilló en el pasillo cuando todos estaban en el despacho y en la sala! ¡Lo llevó a la alcoba y allí habló con él muy bajito! ¡E verdad, es verdad!

(Sensación. LEONOR deja su taza sobre la mesa.)

LORENZO.—Bien... Habrá que decirlo.

AMALIA.—¡Hable!

LORENZO.—¡Si está clarísimo, Amalia! Yo... también le pedí dinero. *(AMALIA hace un gesto de decepción.)* Pero no como Leonor; no unos duros para comer. Yo pleno más en grande. Naturalmente, no me lo dio. Salimos de la alcoba... *(Mira a MÓNICA.)* La mocosa estaba espiando, en efecto. Me di perfecta cuenta. Dejé a Mauricio y entré en la sala con los demás... Entre tanto, Mónica se acercó y habló con él...

(Calla. LEONOR y DÁMASO se miran inquietos. AMALIA se vuelve y mira fijamente a MÓNICA, que ha bajado la cabeza. LEONOR hace ademán de intervenir y se arrepiente.)

PAULA.—*(En medio de un silencio absoluto.)* Es curiosísimo.

(Va al ventanal y se sienta bajo la pantalla.)

AMALIA.—¿Será posible? ¿Eras tú el pececito que se escapaba? *(Con tremenda violencia, coge de un brazo a la niña.)* ¡Habla!

LEONOR.—*(Da unos pasos hacia ellas.)* ¡No!

MÓNICA.—*(Que trata en vano de desasirse.)* ¡Me haces daño!

AMALIA.—*(La zarandea sin piedad.)* ¿Hablarás?

DÁMASO.—Un momento, Amalia...

LEONOR.—¡Dilo, hija!

MÓNICA.—¡No quiero!

(Logra escapar y cruza hacia el comedor, perseguida muy de cerca por AMALIA.)

LEONOR.—(Tratando de interponerse.) ¡Deje a mi hija!

(AMALIA la repele. DÁMASO, que intenta detenerla, también es rechazado. AMALIA atrapa a MÓNICA de nuevo.)

AMALIA.—¡Dilo!

MÓNICA.—¡No! ¡Leandro!

(LEANDRO, que se ha acercado, trata de defenderla.)

LEANDRO.—¡Ya está bien, Amalia!

LEONOR.—¡Dilo! ¡Dilo, hija mía!

AMALIA.—¡Habla!

MÓNICA.—(Baja la cabeza.) Mamá me mandó... para que le pidiera más dinero. ¡Y él me dijo que no tenía vergüenza!

(LEONOR y DÁMASO bajan la vista, avergonzados. LEANDRO va a tomar un cigarrillo y se aparta hacia el foro. LORENZO se sienta, pasándose, cansado, la mano por la cara.)

AMALIA.—(Con el alma.) ¡Perdóname!

(Oprime contra su pecho a la niña. MÓNICA se desase, roja de vergüenza, y, tapándose los ojos con el dorso de la mano, escapa al comedor. AMALIA intenta retenerla, y se le queda en el aire un ademán de lástima y de impotencia.)

PAULA.—El pez se ha vuelto a escapar.

(DÁMASO se sienta junto a la mesa.)

AMALIA.—Sí. Y en su lugar sólo encuentro dinero... El odioso dinero, siempre. (Se vuelve despacio, abstraída.) ¿Me habré equivocado?

(Cruza lentamente hacia la derecha. LEONOR se ha acercado a la puerta del comedor, por la que atisba.)

MÓNICA (VOZ DE.)—¡Quítate de la puerta! ¡No quiero

ver a nadie! (LEONOR retrocede, desconcertada y va junto al sillón de LORENZO, en cuyo respaldo se apoya. AMALIA vuelve la cabeza hacia el comedor.) ¡Y tú, despiértalo! ¡Pregútaselo a él! ¡No nos tortures más!

AMALIA.—(Para sí, volviendo lentamente la cabeza.) A él...

(Se acerca al gabinete, mirando su puerta con angustiados ojos. DÁMASO se incorpora un poco, inquieto.)

PAULA.—(Se levanta y se acerca, como al descuido a la puerta del gabinete.) Tiene que llegar al final.

AMALIA.—(Dolorosamente.) El final ha llegado. Ya ve usted que es inútil seguir.

PAULA.—¡Pruebe todavía!

(Todos miran inquietos, la absorta expresión de AMALIA, que tiene los ojos clavados en la puerta. DÁMASO se levanta del todo.)

LEANDRO.—(Imperioso.) ¡Entra!

PAULA.—(Se desliza rápidamente hacia la puerta y la cubre con su cuerpo.) ¡No!

DÁMASO.—¿Cómo?...

(AMALIA mira con sorpresa a PAULA. LEANDRO reprime un gesto de contrariedad.)

AMALIA.—¿Por qué no?

PAULA.—(Se muerde los labios, arrepentida.) Debe luchar hasta el final.

AMALIA.—¿Y si no quiero?

PAULA.—(Nerviosa.) ¡Hágalo!

AMALIA.—(Se enfrenta con PAULA.) En ningún momento ha estado clara su actitud, señorita. Y ahora comprendo que me he equivocado al pensar en cinco personas. ¡Porque aquí han venido seis, no cinco! Y usted ha venido por algo. (La pregunta restalla como un látigazo.) ¿Por qué? (Se acerca, ante el silencio de PAULA.) ¡Déjeme pasar!

PAULA.—¡No entrará!

AMALIA.—(Forcejea con ella, para lograr que hable.)
¡Apártese!

LEANDRO.—(A PAULA.) ¿Estás loca?

PAULA.—¿Loca? ¡Os he vigilado durante toda la noche!
He visto vuestras miradas, vuestros apartes.

(AMALIA la ha soltado y no pierde palabra.)

LEANDRO.—¡Cállate!

PAULA.—¿Callar, el qué? ¿Tus mentiras? ¿Tu egoísmo?
¿Tu doblez? ¡Ah! En cuanto telefoneé al periódico
lo comprendí.

LEANDRO.—¿Que telefoneaste?

PAULA.—(Cada vez más agitada.) ¡Telefoneé a las cua-
tro! ¡Y me dijeron que no me apurase, que venías en
seguida, que ya habías salido!... Me habían confundido
con alguien de esta casa que te había llamado antes.
Lo aclaré y me enteraron de lo ocurrido... Te conozco.
¡Habías volado, dispuesto a asegurarte todas las bazas!
¡Qué importaba Paula! Este era un momento decisivo;
había llegado la hora de sacrificarla. (A AMALIA.)
¡Pero no me dejaré sacrificar! ¡A usted se lo digo!

AMALIA.—(Ofendida.) ¿A mí? ¿Por qué?

PAULA.—¿Cree que no sé de sobra que se han querido
a espaldas de él?

AMALIA.—¡Eso es mentira!

PAULA.—¡Eso es lo que usted temía que alguno de ellos
le hubiese dicho a Mauricio!

LEANDRO.—(Furioso, va hacia ella.) ¿Callarás de una vez?

PAULA.—¡Pega! Eres capaz de cosas peores.

LEANDRO.—Amalia, yo te aseguro...

(AMALIA le vuelve la espalda, molesta.)

PAULA.—¿Vas a decirle que la quieres, que yo no he sido
más que un entretenimiento, que crea en ti? ¡Dilo!
Yo también diré mis cosas.

LEANDRO.—(Grave.) Tú me obligas a ello. Pero nunca
te hubiera ofendido al decirlo. Dalo por dicho, Amalia.

(Se retira, sombrío, hacia el foro.)

PAULA.—(Se acerca a AMALIA.) ¡No me lo quitará! El

no se casará con usted sin su dinero. Y usted no ten-
drá ese dinero porque... no lo despertará. (AMALIA se
vuelve a mirarla.) Ande, entre. (Señala al gabinete.)
¿Quiere que yo misma le abra la puerta?

(Se acerca a la puerta y pone la mano en
el picaporte.)

DÁMASO.—(Inquieto.) Paula...

PAULA.—(Ríe.) ¡No hay cuidado! ¿No lo han compren-
dido todavía? ¡Yo acabo de entenderlo! ¡No se atreve
a hacerlo porque teme... que él no teste a su favor!
¡Porque ignora si sospechó o no sospechó! (Desafian-
te.) ¿Le abro la puerta, Amalia?

(SABINA entra por el foro y se queda junto
a la puerta.)

AMALIA.—(Suplicante, casi derrotada.) Le juro a usted
que entre Leandro y yo no ha habido nada.

PAULA.—¿Qué fe se le puede prestar al juramento de
una perdida?

AMALIA.—(Demudada.) ¡Cállese!

PAULA.—(Implacable.) Leonor tenía razón: una perdida.

(AMALIA se hunde bajo el insulto. SABINA lle-
ga rápidamente a su lado.)

SABINA.—Venga un momento, señora. Necesito hablarle.

(AMALIA se apoya, consternada, en su hombro.) Venga.

(La conduce al foro. MÓNICA aparece en la
puerta del comedor.)

AMALIA.—Me vencen, Sabina...

SABINA.—¡Calle!

LEANDRO.—(Se acerca.) No te desanimes. Voy contigo.

(AMALIA deniega, triste.) Por favor, déjame ir contigo.

SABINA.—¡Usted, aquí, con ellos! ¡Usted es de ellos!

MÓNICA.—Pero yo no, Sabina. ¡Déjeme ir con ella!

(Corre junto a AMALIA, que se apoye tam-
bién en ella.)

LEONOR.—(A DÁMASO.) ¿Tú ves esta hija?

DÁMASO.—Déjala...

LEONOR.—(A MÓNICA.) ¡Vuelve a tu sitio!

AMALIA.—(Agotada.) Déjala, Sabina. A ella, sí.

(SABINA gruñe. Llegan las tres a la puerta.)

LEONOR.—(Antes de salir, con una maligna mirada a todos.) Cuando vuelva, no lo piense más y haga que inyecten a don Mauricio. El la quiere. El no podrá hacer esas infamias.

(AMALIA dedica una desesperada mirada al reloj. Salen las tres. Pausa. LORENZO cabecea de nuevo.)

LEONOR.—(A PAULA.) ¡Esto no te lo perdonaré nunca!

AMALIA.—¡Ni yo a ti!

LORENZO.—(Con repentino optimismo.) ¡Ea, hay que alegrarse! ¡Todo pasará! ¡La hemos vencido! (Se acerca a LORENZO y hace sonar sus pulseras junto a su oreja.) ¡Despierta, marmota! La hemos vencido! (LORENZO se tambalea.) ¡Vamos a ser ricos, Dámaso!

PAULA.—(Muy serio.) Cuando vuelva, le inyectaré. Ya me oíste a Sabina.

LORENZO.—(Maligno.) Quizá no lo necesite. Con todo lo que se ha gritado aquí...

AMALIA.—(Asustada.) ¿Eh?... No. No puede ser. La enfermera habría avisado. ¡Y si lo reanima, todos le inyectaremos contra ella!

LORENZO.—(Calmoso.) Y ella contra nosotros.

PAULA.—Entonces, tú crees como yo...

LORENZO.—(Se levanta con cierta solemnidad.) Lo reanimaré, sin ninguna duda. Ya no tiene nada que encontrar aquí, y ahí dentro puede aún ganarlo todo. Lo que yo... si es verdad lo que nos ha dicho.

AMALIA.—¿Qué quieres decir?

LORENZO.—Hace una hora que me pregunto cuál es el verdadero estado de Mauricio.

AMALIA.—¡Está desahuciado!

LORENZO.—Eso es lo que ella nos ha dicho. Pero la enfermera parece muy tranquila... Como si estuviese dispuesta a permanecer aquí días... (Burlón.) A lo mejor,

sólo tiene un simple catarro. (Los mira.) Sugiero que podríamos preguntar a la enfermera, ahora que ella no está.

LEONOR.—¡Yo misma!

LORENZO.—No. Tú vigila allí. (Por el foro.) Si es que vamos a hacerlo...

DÁMASO.—¡Ahora mismo!

LORENZO.—¿De acuerdo, Paula?

PAULA.—Desde luego.

(Va a sentarse al ventanal y compone su actitud.)

LORENZO.—¿Abres tú, Dámaso?

DÁMASO.—Hazlo tú.

LORENZO.—(Burlón.) Supongo que a mi querido hijo le interesa también cerciorarse.

LEANDRO.—(Desdeñoso.) Abre. Puede que así lo despiertes.

(Se dirige a la mesa y se recuesta en ella, cruzándose de brazos.)

LEONOR.—(Desde el foro.) ¡Daos prisa!

DÁMASO.—¿Oyes algo?

LEONOR.—No.

(LORENZO abre la puerta del gabinete.)

DÁMASO.—(En voz baja.) No la irás a llamar.

LORENZO.—No.

(Espera. A poco, hace una seña para que la ENFERMERA se acerque. Luego asiente y la repite, como si ella le hubiese preguntado con algún gesto. Todos aguardan, nerviosos.)

LEONOR.—(Con voz ahogada.) ¡Aprisa!

DÁMASO.—¡Chist!

(La ENFERMERA aparece en la puerta del gabinete.)

ENFERMERA.—¿Llamaban?

LORENZO.—(Entorna la puerta del gabinete.) Disculpenos... Queríamos preguntarle algunas cosas...

ENFERMERA.—Usted dirá.

LORENZO.—¿Es realmente tan grave esa enfermedad?

ENFERMERA.—Gravísima, señor. Casi nunca deja esperanzas.

(Los hermanos se miran, tranquilizados.)

LORENZO.—¿No se podría, quizá, haberle alargado la vida con estimulantes o medicinas?

ENFERMERA.—Siempre hacemos lo posible. En este caso, por desgracia, no ha servido de nada.

LORENZO.—Claro, claro. Ha sido una pena. *(Se aclara la voz.)* Pero quizá no esté nunca en nuestra mano negar toda esperanza de salvación a un moribundo... *(Atráida por el diálogo, LEONOR abandona poco a poco su puesto.)* ¿No podría ocurrir que un desahuciado se pudiese, diríamos milagrosamente, bueno y viviese muchos años más?

ENFERMERA.—Podría ocurrir, pero no en este caso.

(Lo encuentra evidente.)

LORENZO.—¿Está usted segura?

(Breve pausa.)

ENFERMERA.—*(Ofendida.)* Lamento mucho esas suspicacias, señor. Me limitaré a decirle que el doctor ha hecho todo lo posible por salvarle. *(Por el foro entran*

AMALIA, SABINA y MÓNICA. AMALIA está a punto de desvanecerse del susto al ver a la ENFERMERA. PAULA la ve y se levanta. LEONOR se vuelve y se asusta.) Y, francamente, es muy desagradable que pueda sospecharse lo contrario.

DÁMASO.—No, mujer. Usted no nos entiende.

ENFERMERA.—Prefiero no entender, señor. Con su permiso.

(Entra en el gabinete y cierra, con un golpe seco. Con los ojos muy abiertos, AMALIA se adelanta, vacilante. SABINA la sigue muy de cerca.)

LORENZO.—*(Se vuelve.)* Disculpenos. Comprenderá que queríamos informarnos de la exactitud de sus informes.

AMALIA.—*(Con dificultad.)* Sí.

LORENZO.—Pero no se ha repuesto usted... Está muy pálida.

AMALIA.—No es nada.

DÁMASO.—Debería descansar. ¿Qué sentido puede ya tener para usted continuar esto?

AMALIA.—*(Cree que lo saben todo.)* Supongo que ninguno ya.

(Ellos se miran, contentos de tan repentina claudicación.)

LEONOR.—*(Casi amable.)* Está usted agotada... ¿Por qué no se echa?

AMALIA.—Aún no. Compréndolo que he sido derrotada; no se puede pensar en todo. *(Con la voz velada de lágrimas.)* Ya no me queda otra cosa que recurrir a vuestra compasión... A vuestra difícil compasión. Os lo suplico: decídmelo...

DÁMASO.—Si no hay nada que decir...

AMALIA.—Por piedad...

(Junta las manos, implorante.)

LEONOR.—*(Con desdenoso movimiento de pulseras.)* ¿Es que vamos a volver a empezar?... Estábamos en que había usted abandonado su idea de despertarlo.

AMALIA.—*(Parpadea.)* ¿Cómo ha dicho?

LEONOR.—¡Ya comprendo! La comedia sigue, ¿no? Después de la amenaza, las lágrimas.

LORENZO.—*(Dudoso.)* Leonor, escucha...

LEONOR.—*(Se le ocurre una treta.)* Es inútil, señorita. La enfermera nos ha dicho... *(AMALIA la mira, asustadísima.)* ¡que ya no convenía inyectarle! ¡Que se muere de un momento a otro!

LEANDRO.—¡No lo ha dicho! ¡Puedes reanimarlo todavía, y debes hacerlo! *(LEONOR se tapa la boca, arrepentida de no haberse acordado de LEANDRO. LORENZO meneaba la cabeza, contrariado. AMALIA respira con fuerza. Su cara expresa una alegría inmensa. Mira a SABINA, que también ha reaccionado. Después, al reloj. Se adelan-*

y se dirige, rápido, al gabinete. De pronto, se ¡Chist! Calla.

(La puerta se abre, la ENFERMERA entra, terminando de cerrar una carterita de hule.)

RA.— (Seca, después de una ojeada al reloj.)
¿Dónde está la señora?

—Está en el comedor.

RA.—Era para avisarla de que voy a dejar la...
Es ya muy tarde, y quisiera arreglarme unos minutos de...

—(Rápido.) ¡Ah! Muy bien. (Mira a su hermana) se preocupe. Nosotros se lo diremos ahora.

A.—Gracias. Con su permiso.

(Se encamina al foro por donde sale.)

—¡El diablo lo arregla!... Vamos.

(Toma del brazo a DÁMASO y le lleva hacia el gabinete.)

(Antes de entrar.) Es horrible... Horrible...

(Le empuja.) ¡Vamos!

(Entran, dejando la puerta entornada. La escena, sola durante unos instantes. Después entra rápidamente por el foro MÓNICA, con el frasco del amoníaco en la mano, y corre al comedor. Antes de llegar, un resto de su antigua curiosidad la incita a echar una ojeada hacia el gabinete, y se sorprende al ver la puerta entornada. Se acerca entonces, y la abre con cautela.)

¡Papá!...

(DÁMASO surge de la oscuridad del gabinete atrozmente nervioso.)

¿Qué quieres?

¿Qué hace aquí? Está oscuro...

Me asomé un momento... Sólo para ver... Vuelvo al comedor.

MÓNICA.—(Mira tras él.) La puerta está entornada...
¿Hay alguien con el tío?

DÁMASO.—(Sin mirarla.) Pues claro... La enfermera.

MÓNICA.—(Retrocede, espantada.) ¡Sí... está en el tocador!

DÁMASO.—(Después de un instante.) Sí, salió un momento... Ya no me acordaba. (MÓNICA, con los ojos abiertos, retrocede otro poco. Brusco.) Bien: ¿qué tiene de particular? ¿Por qué me miras así?

(Pálido y descompuesto, LORENZO entra de improviso, cerrando tras sí.)

LORENZO.—¿Qué hace aquí ésta?

DÁMASO.—No sé... (A MÓNICA.) Vete al comedor.

(MÓNICA corre a la puerta del comedor.)

LORENZO.—¡Espera!

MÓNICA.—(Asustadísima.) ¡No!

(Intenta descerrar la puerta. LORENZO va tras ella.)

DÁMASO.—¡Lorenzo! (MÓNICA logra escabullirse, cerrando con precipitación. DÁMASO se derrumba sobre una silla.) ¡Lo dirá!...

LORENZO.—(Jadea.) No puede decir nada... (DÁMASO esconde el rostro en sus manos crispadas. LORENZO se acerca y le quita violentamente las manos de la cara.) ¡Escucha, Dámaso! Cuando entré..., ya estaba muerto.

DÁMASO.—¡No lo creerán!...

LORENZO.—¡Te estoy diciendo la verdad, imbécil! (Baja la voz.) No he hecho nada.

DÁMASO.—(Compungido.) Pero, Lorenzo, eso no se puede creer... La enfermera lo habría dicho...

LORENZO.—¡Tiene que haber ocurrido después de salir ella!

DÁMASO.—¿Y antes de entrar tú?

LORENZO.—(Furioso lo zarandea.) ¡No me mires así! ¡No he sido yo!

DÁMASO.—(Lloriquea.) ¿Qué va a ser de nosotros?

LORENZO.—¡Estúpido! ¡Te vas a vender! ¡Si no lo crees, ten por lo menos serenidad!

DÁMASO.—(Sin atenderle.) Y ahora, cuando vuelva la enfermera...

(LORENZO tampoco le escucha. Ha vuelto rápidamente la cabeza hacia el comedor. Corre a su sillón y se sienta.)

LORENZO.—Si nos preguntan, nos hemos asomado un momento a verlo, ¿entiendes? Disimula.

(Apoya la sien en su mano, como si durmiese.)

DÁMASO.—(Va a su lado.) ¡No me dejes así! ¡Ayúdame!

LORENZO.—(Con una mirada terrible.) ¡Disimula!

(Apoya otra vez su cabeza. DÁMASO va hacia el comedor y se para de repente al ver abrirse su puerta. Es LEANDRO, que los mira y se aparta. Tras él entra AMALIA, cansada, pero erguida y mira al falso durmiente, que no se mueve, y a DÁMASO, que no sabe dónde meterse. Tras ella entran SABINA, LEONOR y PAULA. MÓNICA no aparece.)

AMALIA.—(Después de mirar al reloj.) Las seis menos diez. No puedo perder ni un minuto más... Ni un minuto más. ¡Vosotros lo habréis querido!

(Da unos pasos hacia el gabinete.)

DÁMASO.—(Empavorecido.) ¡No! (LORENZO no se mueve, pero su absoluta quietud muestra que no pierde palabra. Todos miran a DÁMASO.) ¡Quiero decir que esto ya no tiene objeto! ¡Que me voy!... ¡Vámonos, Leonor! ¡Mónica, ven!

(MÓNICA entra, con los ojos bajos, y bordea la habitación, atisbando un momento por la puerta del foro.)

AMALIA.—(Dura.) ¿Que se va? ¿Por qué?

DÁMASO.—¡Porque no quiero participar ni un momento más en este juego horrible!...

(Mira a LORENZO y a su hija, que espantada, no lo pierde de vista. AMALIA, extrañadísima, se vuelve rápidamente hacia el gabinete.)

MÓNICA.—(Impulsiva.) ¡Tía, no entres!

AMALIA.—(Asombrada.) ¿Por qué?

MÓNICA.—Tengo miedo... Podría haber... alguna novedad.

AMALIA.—(Frunce las cejas.) La enfermera lo habría dicho.

MÓNICA.—Es que no está... Salió unos minutos... (Espantada.) Y no debe de haber vuelto.

AMALIA.—¿Cómo? (SABINA va, rápida, hacia el foro.) Espera, Sabina. (Avanza con los ojos clavados en DÁMASO.) ¿Y usted estaba aquí?

DÁMASO.—(Señala, muy nervioso.) ¡Con Lorenzo! ¡Los dos!

(De improviso, LEANDRO lo agarra por los hombros y le arranca un gemido.)

LEANDRO.—¿Y entrasteis?... ¡Contesta!

(AMALIA mira alternativamente a DÁMASO y LORENZO, cuya inmovilidad comienza a asustarla.)

DÁMASO.—(Estalla.) ¡Yo no quería! ¡Se trataba sólo de comprobar! ¡Se lo juro, Amalia! ¡Pero yo no entré!

LEONOR.—(Horrorizada.) ¡Dámaso!

MÓNICA.—(Apuradísima.) ¡Papá no entró, yo lo vi! ¡Fue sólo el tío Lorenzo!

AMALIA.—(Con los dientes apretados por la repugnancia de lo que la obliga a imaginar.) ¡No!...

DÁMASO.—¡Fue sólo él!... ¡El!...

(LEANDRO lo tira como un pingajo contra una silla. AMALIA no pierde de vista a LORENZO, a quien mira como si mirase a un escorpión. Todos lo observan, asimismo, con pavor creciente.)

PAULA.—(Se aleja instintivamente de LORENZO.) ¡Qué horror!

(LEONOR mira a su marido y a LORENZO. LEANDRO se vuelve hacia su padre, con terrible mirada, y lo agarra brutalmente de un brazo, obligándole a levantarse.)

LEANDRO.—¡Deja ya de fingir! ¡Me das horror! ¡Has impedido el testamento, pero la confesión no la evitarás! ¡El fue, Amalia! ¡Me lo dijo, días después riéndose de haber estropeado, según él, mis propósitos!

LORENZO.—(Forcejea.) ¡¡Suéltame!!

LEANDRO.—(Asqueado, lo suelta.) ¡Me propuso sacarte dinero si te lograba! Y por negarme..., ¡nos calumnió a los dos, ante Mauricio, aquella tarde!

AMALIA.—(Destrozada, mira al gabinete.) ¡No!...

LORENZO.—¡Un grave error, monigote! Yo nunca lo digo todo. Te dije lo que le había dicho a Mauricio de vosotros... ¡Pero te callé lo que él me dijo a mí... de ti!

LEANDRO.—(Lívido.) ¡No pudo decirte nada!

LORENZO.—(A AMALIA.) Aquel día había él recibido un anónimo. Me lo dijo al principio, sin darle importancia, para ver qué cara ponía yo. Después me negó el dinero... Me disgustó la negativa, y le hablé de vosotros dos; sí... Y me contestó: "Estáis muy insidiosos hoy, el padre y el hijo. Leandro acaba de aconsejarme que tenga cuidado con Amalia".

AMALIA.—(A LEANDRO.) ¿Tú?

(Su cara empieza a mostrar una inmensa esperanza.)

LEANDRO.—(A su padre.) ¡Mientes!

LORENZO.—(Eleva la voz.) ¡Le dijiste lo que él temía oír! ¡Confirmaste sus dudas, porque el anónimo lo escribió tú!

LEANDRO.—¡¡Mientes!!

LORENZO.—¡Mauricio lo dirá! ¿Crees que está muerto? ¡Ese imbécil (Por DÁMASO, que se levanta al oírle.) ha perdido la cabeza y os la ha hecho perder a todos, sólo porque me asomé a mirar. (Con intención.) Pero sigue durmiendo, Amalia...

MÓNICA.—(A quien se le quita un enorme peso de encima.) ¡Está vivo!

(Abre la puerta del gabinete y sale.)

LEONOR.—¡Mónica!

DÁMASO.—¡Hija!

AMALIA.—¡Reténla, Sabina! (Mira a LEANDRO.) ¡Reténla, si lo despierta! (SABINA corre al gabinete y sale tras MÓNICA.) ¡Y ahora, Leandro, tú decides! ¿Confiesas, o se lo pregunto yo?

LEANDRO.—(Titubeante, termina por bajar la cabeza.) Quise separaros por ver si así te conseguía. Perdóname. ¡Pero yo no escribí ninguna carta!

PAULA.—(Llena de ira, se adelanta, tendiendo un papel que ha sacado de su bolsillo.) ¡La escribiste! ¡Aquí está! (AMALIA se la arrebató y la lee febrilmente. LEANDRO retrocede como si le hubiesen golpeado.) Te la devolvieron por correo, sin una palabra, al comprender... o al comprobar que habías mentado... Y yo te la quité del bolsillo.

LEANDRO.—¡Esa carta no se refiere a Amalia!

PAULA.—Querías decir que no cita su nombre.

LEANDRO.—¡Me la devolvió apuntando a ciegas! ¡Yo no la escribí!

PAULA.—Está escrita con la máquina de tu oficina.

AMALIA.—Y con su estilo. ¡Una sucia novela, digna del escritor mediocre y fracasado que eres! Sabías perfectamente que aquel otro pintor fue el gran error de mi vida; que no he querido ni verlo desde entonces... ¡Y le dijiste a Mauricio que le volvía a ver, que participaba en sus bacanales, que pisoteaba el cariño que había puesto en mí...! ¡¡Canalla!!

(Arruga con rabia el papel y se lo tira a la cara.)

LEANDRO.—Amalia, yo... te quería, y...

(AMALIA le corta la palabra con un bofetón. LEANDRO se estremece. De pronto, se lanza contra LORENZO.)

LEONOR.—¡No!

DÁMASO.—¡Leandro!

(LORENZO y LEANDRO luchan un segundo.)

LORENZO.—(Lo repele de un fuerte empujón.) ¡No te acerques!

(SABINA y MÓNICA han vuelto a entrar.)

AMALIA.—¡Mónica, di lo que has visto!

MÓNICA.—(Mira a su padre.) Yo no sé... El tío duerme...

AMALIA.—¡No! ¡La verdad!

MÓNICA.—(Baja la cabeza.) Está muerto.

DÁMASO.—¡Dios mío!...

LEONOR.—¡Dámaso!...

(Todos miran a LORENZO con terror.)

LEANDRO.—(Escupe la palabra.) ¡Asesino!

(La ENFERMERA entra por el foro, con la capa puesta y la cartera bajo el brazo, y mira a todos con alguna extrañeza.)

ENFERMERA.—Perdón, señora. Van a dar las seis y quisiera llegar a tiempo a la clínica. Así que, si ya no me necesita...

AMALIA.—Ya, no. Muchas gracias por todo. Acompáñala, Sabina.

(SABINA se acerca a la ENFERMERA, que hace ademán de retirarse.)

LORENZO.—(Sonriente.) Un momento, señorita. ¿A qué hora exacta murió él?

ENFERMERA.—A las tres y media, señor.

LORENZO.—Muchas gracias.

(Mira a todos con expresión de triunfo.)

ENFERMERA.—De nada, señor. (A todos.) Buenas noches.

(Sale por el chaflán, acompañada de SABINA.)

MÓNICA.—¡Papá!

(Se echa en brazos de DÁMASO, sollozando, y éste, también muy afectado, le acaricia el

pelo con tristeza. LEONOR tiene que sentarse, agotada por la emoción.)

LORENZO.—La felicito, Amalia. Ha sabido engañarnos todos. Pero, ¿qué se proponía?

AMALIA.—(Sonríe.) ¿Qué me proponía...? (Avanza hacia el centro de la escena.) Quise saber el significado de los seis meses horribles de silencio que nos hiciste pasar a los dos. Quise saber si me despreciaba y me pagaba, como a una mujercuela, o si me probaba su fe y su cariño... al casarse conmigo.

(SABINA vuelve.)

LORENZO.—(Ruge.) ¿Qué?

DÁMASO.—¿Casado?

LEONOR.—¡Entonces, estamos desheredados!

AMALIA.—No todos. Mateo tiene su parte... (Pausa. A LEONOR y a DÁMASO.) Y también ustedes: "para que Mónica tenga el futuro feliz que sus padres no habrían podido darle". Así dice el testamento... (Se vuelve de pronto hacia LORENZO y LEANDRO.) ¡Y para los dos que me han calumniado de verdad, ni un céntimo! ¡Ni una palabra! (Avanza hacia ellos.) El silencio. Un silencio que no significa celos, como temí al principio; un silencio que no envuelve al padre y al hijo porque éste hubiese seducido a su mujer, ¡sino porque los dos la han insultado! ¡Un silencio que me rehabilita, que me salva, que me lo devuelve...! (Se vuelve hacia el proscenio y, tras una ojeada furtiva al gabinete, cierra los ojos con emoción inmensa.) Un silencio por el que me recobra... desde el otro lado de la muerte. (Breve pausa. Abre los ojos y se revuelve vibrante.) ¡Y ahora, fuera de mi casa!

MÓNICA.—¡No! ¡A mí no me echéis! (Corre a su lado.) ¡Papá, déjame acompañarla!

DÁMASO.—Sí, hija. Quédate, si ella quiere.

LEONOR.—¡De ninguna manera!

DÁMASO.—¡Calla, mujer! ¡Se quedará porque yo lo mando! Y ojalá que esta noche nos sirva a los dos para algo, Leonor... Ojalá. (La coge de un brazo.) Vamos.

(*La lleva hacia el chaflán, donde se detiene.*) Adiós, Amalia. No nos juzgue demasiado mal... Quizá nuestro mayor delito ha sido... la pobreza.

AMALIA.—No. Yo no debo juzgar. El lo hizo ya por mí. Les pido perdón por estas horas de prueba. Abreles la puerta Sabina. Despícelos, Mónica.

(*LEONOR y DÁMASO salen por el chaflán, seguidos de SABINA y MÓNICA.*)

LORENZO.—Blen... Supongo que debo marcharme. La madrugada ha sido dura y baldía... Usted nos ha vencido. No era difícil, con el dinero a sus espaldas.

AMALIA.—No era el dinero lo que estaba a mis espaldas.

LORENZO.—(*Sardónico.*) ¡Ah! ¿No? ¿Qué era?

AMALIA.—(*Muy dulce.*) El amor.

LORENZO.—(*Su cara se nubla, como si su sola mención le disgustase.*) No le digo que no. Usted es de esos pocos que piensan que hay cosas más importantes que el dinero. (*Con desprecio mal disimulado.*) Feliz usted. (*Se encamina al chaflán y se vuelve, con una cínica sonrisa.*) Adiós. (*Nadie contesta.*) ¿No me dice adiós, Amalia?

AMALIA.—(*Después de un momento.*) Asesino.

(*LORENZO se estremece, y sale, rápido.*)

LEANDRO.—¡Yo no he luchado por el dinero, Amalia!

(*PAULA se dirige al chaflán.*)

AMALIA.—(*Tranquila.*) No. Luchaste por la envidia. Le envidiaste toda tu vida y acabaste por envidiar que me tuviese.

LEANDRO.—¡Por favor!...

AMALIA.—(*Violenta.*) ¡Corre al periódico y redacta tu gaceta! ¡Puedes ser el primero, si te das prisa!

LEANDRO.—(*Suplicante.*) ¡Perdóname!

AMALIA.—Pero, ¿no comprendes que él te ha vencido? ¡El te ha vencido para siempre, desde ahí dentro!

PAULA.—Adiós, Amalia.

AMALIA.—Adiós, Paula. Y gracias.

(*LEANDRO mira a PAULA, humillada.*)

PAULA.—(*Sin mirarlo.*) Las dos sabemos lo duro que es luchar por un hombre...

LEANDRO.—(*Esperanzado.*) Paula...

PAULA.—Pero usted, al menos, puede seguir adorando al suyo.

(*Se vuelve y sale.*)

LEANDRO.—(*Desolado, se acerca a AMALIA.*) Amalia...

(*AMALIA ni lo mira. Entonces sale por el chaflán, lentamente. AMALIA no se mueve. Su expresión es ahora bellísima: muestra una calma sobrehumana y un amor sin límites. MÓNICA entra despacio por el chaflán y la mira en silencio. Luego va al foro y apaga la luz. Se acerca al ventanal y descorre las cortinas. La limpia claridad del alba penetra en la estancia, y AMALIA la recibe con un largo suspiro. Tímida, se le acerca MÓNICA, sin atreverse a tocarla. Al fin, dice con mucha dulzura.*)

MÓNICA.—Tía...

(*Breve pausa. AMALIA siente su pena, reprimida con trabajo durante tanto tiempo, subirle a la garganta incontinentemente. Al fin, rompe en desgarradores sollozos. Se calma un poco y vuelve, lenta, su mirada hacia el gabinete. Despacio, da unos pasos con la vista clavada en el muerto invisible.*)

(*AMALIA.—(Con la voz quebrada por el llanto.) ¡Mauricio!... ¡Mauricio!...*)

(*El reloj va a dar la hora. Pero ella ya no le atiende, ni le teme: ella sólo tiene ya una cosa que atender. A punto de entrar en el gabinete, comienzan a sonar las campanadas de las seis.*)

TELON

EMINAHU MULI, DISCIPLINARIO
 JOSE EMILIO GONZALEZ
 FACULTAD DE HUMANIDADES
 UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
 RECINTO DE RIO PIEDRAS